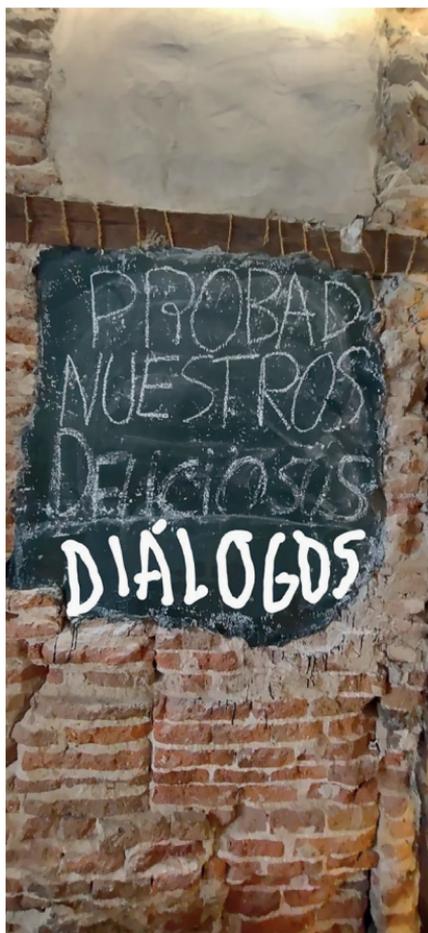


Eugenio A. Angulo

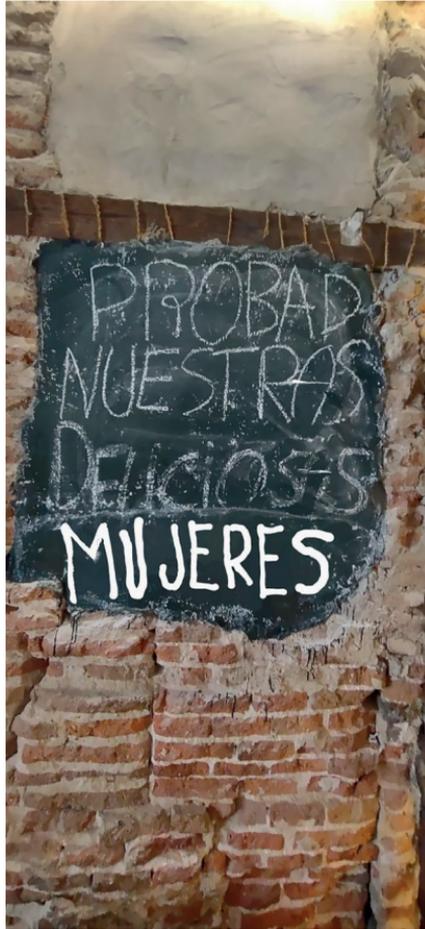
**MUJERES DE LA VIDA
Y DE LA MUERTE:
DE VIDA REAL Y MUERTE
IMPOSIBLE**
(cuentos leves)



BETANIA



MUJERES DE LA VIDA Y DE LA MUERTE:
DE VIDA REAL Y MUERTE IMPOSIBLE
(cuentos leves)



Eugenio A. Angulo

**MUJERES DE LA VIDA
Y DE LA MUERTE:
DE VIDA REAL Y
MUERTE IMPOSIBLE**
(cuentos leves)

editorial **BETANIA**
Colección NARRATIVA

Colección NARRATIVA

Portada: *Marta Strada*, Bárbara L. Angulo
Contraportada: Fotografía de María R. de Medoc
Diseño de fotos interiores: Bárbara L. Angulo

© Eugenio A. Angulo, 2023.

Editorial Betania
Apartado de Correos 50.767
28080 Madrid, España
E-mail: editorialbetania@gmail.com
Blog EBETANIA: <http://ebetania.wordpress.com>

I.S.B.N.: 987-84-8017-455-8.
Depósito legal: M-19600-2023.

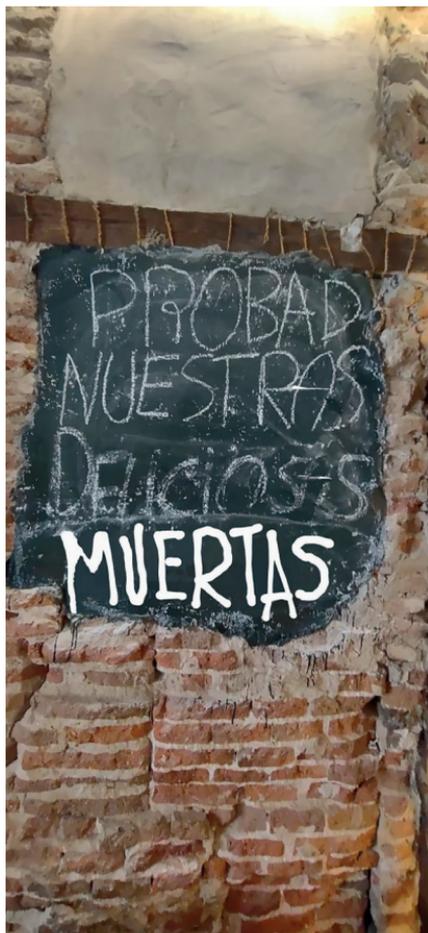
Imprime SAFEKAT
Impreso en España / Printed in Spain

A Marta Strada, mujer a salvo de la vida y de la muerte.

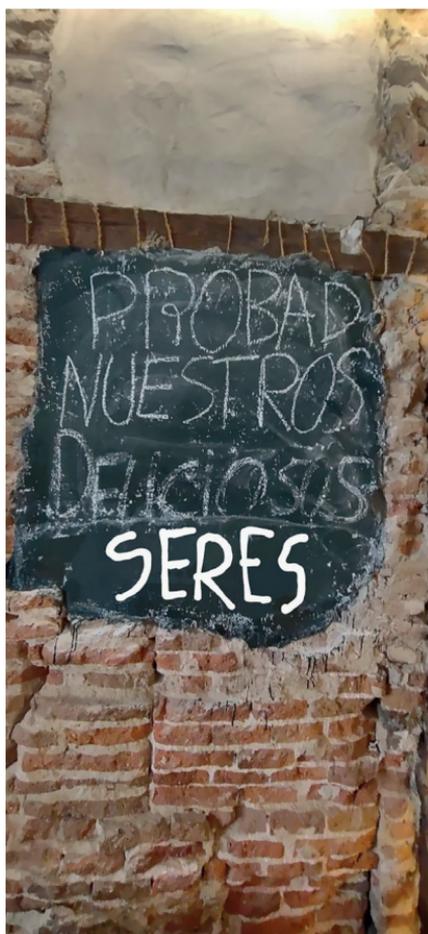
Y a ti, lectora o lector:

*“Contigo la muerte fue anterior
y efímera, y la vida prevalece
por amor de su nombre.”*

(José Lezama Lima)



Malas palabras: *putas, mujeres de la vida.*
¿Y las demás? ¿Son de la muerte?
(El autor)



INVITACIÓN

*“Yo sé muy pocas cosas, es verdad,
pero me han dormido con todos los cuentos...
y sé todos los cuentos.” (León Felipe)*

*“Yo sé muy pocas cosas, es verdad,
pero me han despertado con muchos cuentos...
y sé algunos cuentos memorables.” (E. Angulo)*

¿Qué son estos cuentos?

Todo comenzó cuando leí un artículo sobre la *criopreservación* o *crioconservación* humana, experimento que consiste en la congelación del cuerpo tras la muerte, con la esperanza de revivirlo cuando el avance de la ciencia lo haga posible. Recordé entonces, guardando las distancias, que semejante procedimiento se había estado utilizando en buena parte de la literatura desde hacía siglos.

Tras notar las semejanzas, reparé en las distancias, es decir, las diferencias. La principal es que tal procedimiento, aplicado a los libros, resulta victoriosamente superior. Su gran ventaja es la garantía: revierte cualquier estado de inmovilidad. Es asequible, mucho menos costoso y, por naturaleza, artístico. Además, requiere pocos participantes: 1.º, el texto de una persona que haya escrito sobre otra; 2.º, esta otra persona, inmóvil o “congelada” en dicho escrito; y 3.º, alguien que, al leerlo, comunique a la segunda el calor necesario para que reviva.

Inspirado en esa tradición, a la que propongo llamar *crioconservación literaria*, decidí escribir este libro. Debía reunir los componentes mencionados: por un lado, mi texto; por otro, la persona o personas “congeladas” en él; y, en tercer lugar, un agente catalizador que, con el calor humano de su lectura, animara a tales personas.

Como autor, ya he hecho mi parte, estos cuentos. Ahora, ¿qué falta?

Tu participación indispensable, lectora o lector.

Así que, por necesidad perentoria, te invito a reanimar a estas

mujeres *revivibles*. Con el aliento vital de tu lectura *se levantarán*, como el Lázaro bíblico, y *andarán* contigo en las palabras.

Te invito a entablar una *crioconversación* con ellas. Por eso, y con el propósito de enriquecerla, he dejado espacios vacíos en los cuentos para que *te apuntes* en el empeño.

Estos cuentos son y no son un pequeño cementerio; de ahí que el título sea reversible: *Mujeres de la vida y de la muerte* o *Mujeres de la muerte y de la vida*. Breves historias personales de unas pocas, de entre tantas mujeres —hay más *ellas* que *ellos* en el mundo— que poseen el gen literario de la *sobrevida*.

Más que historias meramente “femeninas”, son testimonios humanos confabulados con la poesía. Episodios contados por mujeres que desafiaron la vida y en estas páginas la muerte, *palabreando* —paladeando— vivencias, ideas, reflexiones y sentimientos.

Estas mujeres revivirán cuando tú, lectora o lector imprescindible, te adentres en la lectura.

De cada una de ellas puede decirse lo que dejó escrito otra mujer de muerte imposible:

“Pero ¿ha muerto? No, ha vencido a pesar de todo. Nunca se muere eternamente.”

(María Luisa Bombal)

¿Qué piensas?: [_____...]

Siendo éste un libro de cuentos, contiene otros ingredientes literarios: autobiografía, testimonio, ensayo, monólogo, entrevista, novela de folletín, crónica, teatro, poesía. Y no le falta sal, la sal de la vida: el buen humor.

De mi vida provienen estas protagonistas. Las conocí en disímiles lugares, épocas y contextos; existen en un panteón sagrado de mi memoria. He intentado fungir como mediador, incitando las palabras: las de ellas según pude haberlas percibido, y las mías inspiradas en las suyas. Son mujeres que *sobreexisten* en las palabras.

Reconozco que la voz de un hombre no puede sustituir la auténtica de la mujer; pero alego a mi favor que valoro grandemente sus dimensiones: *gestante, nutriente, lactante, inteligente, comunicante, valiente, amante, diligente, palpitante, concurrente, aglutinante, ferviente, determinante, resistente, vibrante, ar-*

diente, constante, paciente, desafiante, prudente, reconfortante, competente, beligerante, recurrente, inquietante, sorprendente, convocante, insurgente, incesante, ascendente, pujante, resiliente, desbordante, vigente, triunfante...

Tal avalancha de adjetivos rimados me sirve para conjurar la fuerza mayor, *yin-yang*, del universo: la poesía. Refuerza tú esa lista, lectora o lector, con otros que rimen:

[_____...]

Cada una de estas mujeres cuenta pasajes de su vida. En algunas hay misandria, hostilidad hacia los hombres, justificada por las heridas causadas a su espíritu —a su cuerpo, en una de ellas— por el ancestral machismo. Otras proponen implícitamente redefinir derechos y deberes, reparar o sustituir conceptos establecidos. Hablan con desenvoltura* y con soltura —otra rima—; es decir, se explayan.

Sé que no faltará razón al reparo feminista: es un hombre quien presenta a estas mujeres. Ante esa *inmunodeficiencia ¿adquirida?*, para que prevalezca la justicia —¿justicia poética?—, someto a tu consideración, lectora o lector, esta gestión mía. Dejo espacio, que puedes extender *ad libitum*, para tu juicio:

[_____...]

Dejo también una puerta abierta a la comunicación por vía digital y a través de las redes sociales, bendecidas por muchos, maldecidas por otros; adictivas en tantos casos, y casi siempre poderosas.

En fin, lectora o lector, tienes la última palabra.

Acepta esta invitación, que *invitar* significó, en su origen, “hacer entrar en la vida”.

Si estos cuentos te hacen reflexionar y provocan en ti alguna sonrisa cómplice, me sentiré satisfecho de haberlos escrito. Palabra de hombre, a favor de la mujer.

El autor

*La palabra *desenvoltura* tenía el sentido de “desvergüenza en las mujeres” en otros tiempos; así la usa Miguel de Cervantes en su obra, de lo cual se infiere que el hecho de desenvolverse no suponía “salir de una dificultad, empeño o lance” (según el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*), tal como lo percibimos hoy.

Ideas prácticas para leer estos cuentos

- * Percibir las palabras como incitaciones al pensamiento y a los sentidos.
- * Concebir la lectura como diálogo vivo entre autor y lectoras o lectores.
- * Ver el texto como realidad sin límites, aunque los tenga.
- * Cuestionar la condición mortal del ser humano.
- * Concordar con Albert Einstein en que “una persona comienza a vivir cuando puede vivir fuera de sí misma”.
- * Desestimar cualquier vestigio de machismo.
- * No juzgar a las mujeres, solamente saber entenderlas.

Ideas poéticas para leer estos cuentos

Polifonía sobre la muerte:

Madame de Staël: –“*Comprenderlo todo es perdonarlo todo.*”

Yo: –Madame, comprendo la muerte, pero no la perdono.

Mi otro yo: –Madame, no comprendo la muerte, pero la perdono.

Ella: –Madame, comprendo la muerte y la perdono.

Él: –Madame, no comprendo la muerte ni la perdono.

Otra ella: –Madame, no comprendo la muerte, hasta que la perdono.

Otro él: –Madame, no comprendo la muerte sin que ella me perdone.

Otras ellas y otros ellos: –Madame, comprendemos la muerte cuando la perdonamos.

Tú: –(¿*La comprendes?* ¿*La perdonas?*):
[_____...]

Ambivalencia (defunción y desfunción léxica):

Cuando se habla de los “fieles difuntos” –mujeres y hombres– en la tradición católica o la memoria litúrgica del día dos de noviembre, no está claro si se alude a los cristianos fallecidos, es decir, a los fieles que son difuntos, o, en su lugar, a aquellos seres que después de muertos han querido aferrarse a los vivos, o sea, difuntos fieles, aun sabiendo que desafían la racionalidad de quienes suelen recibirlos.

Conceptos implícitos en estos cuentos

“Ninguna lectura puede nunca agotar todo el potencial [de un texto], pues cada lector concreto llenará los huecos a su modo, excluyendo por ello el resto de las posibilidades. A medida que vaya leyendo, irá tomando su propia decisión en lo referente a cómo ha de llenarse el hueco. En este acto mismo se revela la dinámica de la lectura.” (Wolfgang Iser)

“La primera ventaja es que cuando el cuento llega al final, no se acaba, sino que se cae por un agujero, y el cuento reaparece en mitad del cuento. Ésta es la segunda ventaja, y la más grande, que desde aquí se le puede cambiar el rumbo, si tú me dejas, si me das tiempo.” (Julio Medem)

“El turismo de cementerios, también nombrado *necroturismo*, es uno de los menos conocidos, entre otras cosas, por la dificultad de contabilizarlo y distinguir a quienes están allí de turismo de quienes van para visitar a un ser querido fallecido.” (José Luis Señor)

“El turismo de cementerios, también nombrado *necroturismo*, es uno de los menos conocidos, entre otras cosas, por la dificultad de contabilizarlo y distinguir a quienes están allí de turismo de quienes van para visitar a un ser querido fallecido y conversar con ella, o con él.” (Eugenio A. Angulo, paráfrasis)

CANCIÓN DE MARTA

*“Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.”*

(Romance del Conde Arnaldos)

Parte I

Pasa, paseante. Siéntate y siéntete como en tu casa. Yazgo aquí en este sepulcro, y, ya ves, tu lectura me revive.

Quiero contarte una versión de mí misma, consciente de que es sólo breve página del vasto libro que es la vida.

No quiero contar como se cuentan con números los minutos, las horas, los años, los años de vida, los años-luz, las dimensiones, los planetas, las galaxias, los meridianos, los paralelos, los grados de calor y frío, la fuerza del viento, la lluvia, las distancias, los habitantes, el calor, los sonidos musicales, el coeficiente intelectual, la sangre, los carbohidratos... y hasta el dolor humano entre uno y diez...

¿No es bastante que cuantifiquen lo natural y lo sobrenatural: dos sexos, dos padres, los hijos, los habitantes, las etnias, los países, los continentes, las estrellas, los puntos cardinales, las estaciones, la energía, los dioses, las tribus bíblicas, los santos, las vírgenes, los mandamientos, la Trinidad y todo lo existente o imaginable en su presunto origen matemático?

¿No es suficiente que se cifre la edad, la expectativa de vida, los años de historia y de prehistoria, las zozobras primigenias (¿uno o más mundos?, ¿uno o más dioses?, ¿una o más vidas?, ¿una o más muertes?, ¿cuánto dura la muerte?...); que se cuantifique lo incontable y hasta lo indescifrable? ¿Nace todo numerado como en las matemáticas o la física cuántica?

¿No es mucho que se cuenten los libros, las páginas, los capítulos, las palabras de los escritos, los versos, las sílabas de los versos, los versículos, las rimas... como hechos computables?

Yo prefiero contar, lectora o lector cómplice que me revives, como se cuentan las historias: con palabras. ¿No somos palabras? ¿No somos las palabras, la memoria de las palabras? “La memoria”, como pensaba Jorge Luis Borges, ¿no “erige el tiempo”?

Como fui cantante en vida, me inspiras a contar cantando, como contaban cantando los antiguos griegos, como una elegía contada y cantada, como una canción contada al cantarla. ¿No soy yo mi voz cantante?

Una elegía con nombre, como el de cualquier mujer o personaje que sobreviva en la memoria: María, Sarah, Afrodita, Clitemnestra, Ana, Esther, Calíope, Penélope, Electra, Desdémona, Mesalina, Kuanyin, Isis, Medusa, Freya, Cleopatra, Yemayá, Safo, Medea, Bárbara, Ofelia, Nora, Virginia, Juana, Isabel, Malinche, Isadora, Frida, Emilia, Teresa, Alicia, Mariana, Gertrudis, Margarita, Gabriela, Manuela, Cocó, Alfonsina, Mileva, Rosa, Greta, Simone, Marilyn, Diana, Clarice, Dulce... Agrega tú, lectora o lector visitante, algunos nombres de mujeres que hayan trascendido —la memoria colectiva, ¿es infinita?—:

[_____...]

Quiero cantar una elegía con nombre, anunciada por el epitafio de esta tumba: “*Yace aquí Marta, cantante de su propio cuento*”.

Aquí yazgo; pero, como aquel Lázaro resucitado, me levanto ahora para andar contigo conversando.

Un epitafio es siempre una invitación a los sentidos. Yo canté la vida y a la vida, “bramando” según Reinaldo Arenas, reinventándola, como en aquella canción española de Algueró y Guijarro que canté eufórica con “mil voces” —canción mía—: “*La vida es una tómbola de luz y de color, de luz y de color...*”

Tu lectura, lectora o lector, es mi tómbola de *sobrevida*.

Sé que no soy, precisamente, el Ave Fénix, renacida quinientos años después de muerta —el tiempo contabilizado—. No aspiro a la inmortalidad absoluta, sino a la que me concedan al leerme. Así que, cada vez que me visitan, “tengo que seguir” —otra canción mía—, palpitante y agradecida de que me devuelvan la vida con la lectura.

Hagamos un trato: *yo te digo mi canción*; y tú, “escúchame, destino” –como otra canción–, pues te has cruzado en mi camino –valga la rima.

Te contaré dos momentos de mi vida: uno poético, epifánico: mi plenitud como artista; el otro, dramático: el acoso de un gobierno totalitario que intentó sin éxito quemar las alas de esta pequeña versión del Ave Fénix.

¿Cómo te llamas?: [_____.] Te cuento: “*Yo soñaba con tu nombre, esperaba conocerte, y la tómbola del mundo me premió con tu querer...*”

Parte II

Se ha abierto otra vez el telón, Marta.

Marta-yo, que soy tú en este espejo.

Marta-ella, que se busca en mi cara.

Marta-él, que encontró mi reflejo.

Otra vez comenzó la función, Marta.

Marta-nosotros, y nosotras también.

Marta-ustedes, que habitan mi alma.

Marta-ellas-y-ellos. Marta-gais.

Estás cantando tu vida otra vez, Marta.

Marta-*Tómbola*, Marta-*Sésamo*, Marta-*Viento*,

Marta-*Días-como-hoy*, Marta-*La Mamma*,

Marta-*Abrázame fuerte*, desafiando el tiempo.

Estás contándote en esa música, Marta.

Estás cantando la vida cuando cuentas.

Marta-canción, Marta-cuento, Marta-balada,

Marta siempre, cada vez que te reinventas.

Parte III

[En una oficina del Departamento de Estado de un nuevo gobierno:]

—¿Pero de qué me acusan? Yo no envío mensajes en clave.

—Sí, Marta. Cantas canciones subversivas.

—Lo que hago es cantar, no conspirar.

—El enemigo manipula las letras de tus canciones.

—¿Y es un delito mío?

—Tus canciones, Marta. Esas baladas. La vida no es una “tóm-bola” sino sacrificio colectivo. Aquí no hay “sésamos” que abrir, ni encuentros por hechizos. El “viento” no sopla mensajes íntimos, ni “la distancia es como el viento”: aquí es aire de guerra contra el enemigo. No invocamos a Dios cantando avemarías a una “mamma” moribunda exclusiva. Los “días como hoy” son de trabajo duro y sacrificio del pueblo.

—La mayoría son españolas, francesas, italianas...

—No dejamos espacio a la desviación, al *diversionismo ideológico*. Y, cuidado: te excedes hablando con tu público, no mides tus palabras.

—¿Medir las palabras?

—Aquí las orienta el Estado, nuestro Comandante en Jefe.

—Un empresario francés ha venido a proponerme un contrato para presentarme en París.

—Lo sabemos. Pero no, Marta. A París van los nuestros, con lo nuestro, por lo nuestro y a lo nuestro.

—Ustedes me han grabado un disco.

—Que le ha costado el puesto al funcionario que lo autorizó y que permitió su venta.

—El disco ha llegado al extranjero.

—Estamos a tiempo. No saldrás al extranjero... Y hay otro agravante...

—¿Otro delito?

—El público homosexual que te sigue, Marta.

—¿No ha habido siempre homosexuales en todos los públicos?

—Lo has dicho: *ha habido*. No queremos que los haya. En esta nueva sociedad no puede haberlos ni en el público, ni en los

artistas, ni en los actores, ni en los bailarines, ni en los pintores, ni en los escultores, ni en los músicos, ni en los compositores, ni en los cantantes, ni en las canciones; ni siquiera en las palabras.

—¿Y ese ministro homosexual? ¿Y la funcionaria conocida-mente lesbiana?

—No, Marta, ellos están ya avisados. Recuerda: queremos *un hombre nuevo*.

—Y una “mujer nueva” también, ¿no? ¿Mujer nueva yo a los treinta y cinco años? Más bien, un “viejo roble”, como una de mis canciones. Lo nuevo son mis baladas, y no tengo la culpa de que gusten.

—Lo nuevo es la política de nuestro gobierno: “con él todo; contra él, nada”. Te permitiremos seguir actuando, pero vigilada.

—¿Una vigilancia nueva también?

—Sí y no. Nuestra “ofensiva revolucionaria” es nueva, pero el gobierno ha estado “con la guardia en alto” desde el primer día, previniendo cualquier indicio de “conducta impropia”. Tu novedad es quedar, desde hoy, *parametrada*, o sea, apartada oficialmente por no integrarte a la política del Estado, por manifestarte al margen, fuera del sistema.

—*Fuera del juego*, ¿no?

—Marta, mide tus palabras. No hay juego dentro ni fuera. Son directrices del Estado.

—No tengo el miedo de Piñera.

—¿Piñera, el escritor? Ya no cuenta en el tablero: le hemos asignado una *autovigilancia*.

—¿La autovigilancia de Foucault?

—¿Qué has dicho?

—¿*Fue cosa* de vigilancia?

—Estás alienada, Marta. Para tenerte *alineada*, hemos decidido que trabajes, a partir de ahora, con salario reducido y sujeta a limitaciones: ni discos, ni teatros, ni cabarets, ni centros nocturnos, ni televisión, ni radio, ni películas, ni contratos de particulares, ni presentaciones en la capital, ni viajes al extranjero, ni contactos con el exterior... Sólo actuaciones programadas en el interior del país, en pueblos alejados a los que llegan por primera vez el agua y la electricidad, espacios donde queremos que nazca

el hombre nuevo. Tus presentaciones se limitarán a eventos políticos municipales, provinciales, estatales, campesinos, obreros, celebraciones oficiales. Retablos en cañaverales, tarimas en cooperativas, plataformas en fábricas y granjas...

–Granjas *orwellianas*.

–¿Cómo?

–Granjas *ordenadas*, ¿no?

–Nuevos escenarios, Marta. Allí cantarás como artista renovada por el Gobierno Revolucionario.

–¿Me cambiarán el nombre? Sería mejor no nombrarme... Recuerdo haber leído que “lo que no tiene nombre, no existe...” Podrían asignarme otro nombre y hasta otra apariencia. ¿No les conviene?

–No conviene, Marta. ¿No ha venido ese francés a contratarte? Le diremos que andas de gira por el interior del país, “de cara al campo”... ¿Entiendes...?

–Entiendo: cantando canciones nuevas en lugares nuevos y a hombres y mujeres nuevos. Y, claro, lo nuevo, o lo renovado, terminará por imponerse. Esos hombres y mujeres nuevos... crecerán, madurarán, tendrán ideas nuevas. Y... ¿si fuera esta cantante quien se las inspirara?

Parte IV

Va a cerrarse otra vez el telón, Marta.

Marta-yo: “la memoria erige el tiempo”.

Marta-tú, espejo cóncavo de mis palabras.

Marta-todo: vida y muerte en un cuento.

Has cantado tu vida otra vez, Marta.

Cantas siempre la vida cuando cuentas.

Tus baladas vividas, contadas, te salvan de la vida y de la muerte: te liberan.

Otra vez te vas del escenario, Marta.

Marta-*La-distancia-es-como-el viento*.

El tiempo no es el tiempo sino el alma.
Has cantado, Marta, el alma de tu cuento.

Poco tiempo después, aquel gobierno prohibió la difusión de mis grabaciones.

Mis últimos quince años transcurrieron en otro país. Exiliada, volví a presentarme con éxito —un poco tarde, pero invicta— en teatros, centros nocturnos, cabarets, discotecas, recitales, conciertos, programas de radio y televisión...

Una Marta expatriada pero alentada por un público querido, satisfecha de que un gobierno tiránico no hubiera conseguido aplastarla, y, sobre todo, de llegar a saber que en aquel desventurado país ya hubieran nacido, crecido y madurado *nuevas Martas* que lo desafiaban.

Parte V

Te he contado cantando, y cantado contando, lectora o lector. Ahora sabes de mí, o más de mí, si es que conocías mis canciones.

Eres mi cómplice. ¿Qué dices?:

[_____...]

Acaso quieras decirme, con palabras de Pedro Calderón de la Barca:

*“Venciste, mujer, venciste
con no dejarte vencer.”*

Te contaré más la próxima vez que me visites, pues “necesito volver a verte” —adivinaste: otra de las muchas canciones que “te he dicho”.

POEMA EN YOLANDA

*“Por qué cantáis la rosa, ¡oh Poetas!
Hacedla revivir en el poema.”*

(V. Huidobro)

Parte I

Hete aquí, paseante, una bella durmiente del bosque de las palabras. Si me despiertas, aunque no seas príncipe, andaré contigo a dos voces. Las palabras aseguran una sobrevivida. Ese epitafio de esta tumba: *En paz descansa Yolanda, reina de belleza eterna*, no es un réquiem sino una invitación al diálogo. El poema grabado en esa lápida fue publicado en la prensa durante mi reinado carnavalesco. El último verso provocó en mí una rara inquietud a lo largo de mi existencia.

Acróstico

(celebrando en la belleza la belleza pura)

*Y si el recuerdo de lo hermoso es una huella,
otra huella más honda y real que un recuerdo,
la belleza, en el alma, indeleblemente deja.
A lo hermoso escapa la noción de tiempo;
ni juventud ni vejez: eternidad de la belleza.
Donde reinas, el alma de lo bello te hace reina.
Aun si el reino es fugaz, la Belleza trasciende.*

Desde aquellos días, por ese último verso, no sentí tanto el fatuo miedo a envejecer como el de no entender cómo podía trascender la belleza si resultaba fugaz como mi reino. Nació en mí, en mis quince años de entonces, una sed insaciable de conocimiento.

Empecé a buscar una definición en los estantes de las bibliotecas, y descubrí, poco después, que se trataba de un tema filosófico debatido en todos los tiempos.

Supe que, en Platón, la belleza no era asunto de apariencias, sino un ideal absoluto del pensamiento; que, para Aristóteles, no contaba la belleza femenina. Muchos la habían exaltado, y otros tantos denigrado. Leí también que, en las mitologías de culturas antiguas, había sido motivo de trifulcas míticas –los cuentos– en torno a la belleza. Y, así, buscando en muchas bibliotecas –aunque no en *la de Babel*, por supuesto–, comprendí que resultaba un tema abstracto. Sin embargo, yo perseguía una definición rotunda; y en uno de aquellos libros de escuela encontré unas palabras, para mí tan concretas como abstractas, que inquietaron aún más mi pensamiento: “La rosa dura más que sus propios pétalos” –había escrito Néstor A. Cipriano.

Más tarde, casi como un eco de aquella sentencia, descubrí otro eco en otro escritor, Umberto Eco, que provocó en mí una reflexión más honda: ¿eran la rosa, y con ella la belleza, conceptos generales que existían en un mundo platónico de ideas trascendentes, o eran nombres encarnados particularmente en objetos singulares? Aquellos hallazgos provocaron otras zozobras mías: ¿en una sola rosa trascendía la belleza?; ¿se podía reinar en la belleza?; ¿trascendía la belleza de una mujer en particular?; ¿cómo trascendía una mujer por su belleza?

Intentando hallar respuestas convincentes, más adelante encontré la opinión de una filósofa, Simone de Beauvoir, que rechazaba la idea de ver en la mujer un *eterno femenino*: un ser sensual pasivo, objeto de belleza y del deseo de los hombres. Surgió, entonces, una pregunta consecuente: la belleza en la mujer, ¿obedece a un estereotipo creado por los hombres?

Había leído un poema donde José Martí cuenta –los cuentos de la infancia– que una niña regala sus zapatos “de rosa” a otra muy pobre al visitar una playa con su madre –¿una rosa trascendente?–, y que, como sin venir a cuento, pregunta: “¡Di, mamá! ¿Sabes qué cosa es reina?” La madre no le responde, quizás por la sorpresa o porque definir lo que es ser reina es asunto de historia, política, psicología –en los delirios de grandeza de los hom-

bres— y hasta de anatomía, pues ¿cómo explicar a una niña que reinas y reyes afirman tener azul la sangre?

Reinas-reinas ha habido a través del tiempo: Nefertiti, Dido, Cleopatra, Urraca, Benedice, Zenobia, Juana, Isabel, Catalina, Ana, Elena, Leonor, Constanca, Inés, Guillermina, María, Cristina, Federica, Carlota, Luisa, Sofía, Alejandra, Victoria... y tantas cuantas te vengan a la memoria: [_____...]; todas de carne y hueso con corona; de sangre roja como el vino que turbara a muchas de ellas, consumadas o consumidas.

Y otras no regiamente “reales” pero más reales humanamente y accesibles por provenir del pueblo, han sido reinas carnalescas, no sólo por la afición de los hombres a exhibirnos como piezas, sino también por una tradición popular tan arraigada como las fiestas en que reinan. Conocí después a muchas, sucesivamente, a instancias de los organizadores de un concurso de mi país: Clara, Margarita, Dinorah, Consuelo, Esperanza, Zeida, Berta, Nerina, Mabel, Cristina, Elba, Georgette, Celia, Mayda, María Félix... Si recuerdas nombres de reinas de belleza de tu país, agrégalos: [_____...]

Me convencí de que buscar o escoger a la más hermosa era asunto muy antiguo, como en aquel cuento griego —siempre los cuentos— en el que la diosa Discordia intenta que Atenea, Afrodita y Hera se disputen una manzana con esta nota “*A la (diosa) más bella*” ante el príncipe Paris, designado como juez. Al decidirse él por Afrodita, ésta le ofrece el amor de la mujer más hermosa del mundo conocido, encarnación de la *pura belleza femenina*, Elena, a la que logra raptar, según cuenta Homero en la *Iliada*, provocando —cuento magnificado— la Guerra de Troya. Desde aquellos lejanos tiempos, “armarse Troya” ha sido principio y fin de las confrontaciones masivas de los hombres y, en menor escala, el resultado de muchos concursos de belleza.

Hasta leí que, una vez, en un país tenido por altamente civilizado y potente, se había celebrado un certamen de belleza en una convención de quiroprácticos. A cada señorita participante se le sacaba una radiografía para medir su postura, y se le obligaba a poner un pie en una báscula y otro en otra, para que así distribu-

yera equitativamente su peso. Las tres concursantes que habían logrado mantener “la posición correcta”, recibieron sendos trofeos y figuraron en los noticieros.

Leí también sobre la prevalencia de cánones de belleza aplicados a la mujer según las regiones del mundo, las etnias y las culturas: europeos, asiáticos, africanos y otros, atendiendo a la geografía o al grupo humano al que perteneciera; que algunos predominaban sobre otros arrogándose una superioridad cultural o preeminencia en su concepto de “raza”. Pensé, entonces, que “ser bella” significaba “ser bella para alguien”: para un sector humano, una sociedad o una cultura que así lo sancionara.

Quizás ahora, en el presente de tu visita, se haya tratado de reproducir artificialmente el cerebro de los hombres, y exista alguna inteligencia programada en microcircuitos infectados con el virus machista. Ojalá que, de existir robots humanoides, hayan creado el canon de alguna mujer-robot inteligente, tenida –quizás teñida– y hasta temida como bella, que se proponga seguir luchando, electrónicamente, *animatronicamente*, por su liberación definitiva. Lo catastrófico sería que esos nuevos robots tomaran decisiones que escaparan al control humano, generando por sí mismos un *superpoder* contra quienes los hayan diseñado a su imagen y semejanza... Quizás también vayan más allá de lo esperado y se les escape una nueva Eva, retroactiva y hasta radioactiva, que, en el momento menos pensado –si es que los humanos siguen pensando–, decida vengarse de los hombres, exterminándolos. Obviamente, no ha ocurrido, lectora o lector, pues estás aquí en cuerpo y alma.

¿Qué puedes contarme del actual avance de la tecnología? ¿Podrás crioconservarte? De no poder, tendrías siempre la oportunidad de crioconservarte literariamente si buscaras a alguna autora o autor que escribiera sobre ti. ¿Qué piensas?:

[_____...]

En mi inquietud estética, siempre me pareció que la idea de someter la belleza de la mujer a una balanza y premiarla por poseerla, era asunto por revalorar. A fin de cuentas –y de cuentos– es un reinado físico pasajero administrado casi siempre por los hombres. No estaba convencida del valor de esos certámenes; a

pesar de mi triunfo en uno de ellos, comprendía que nos consagraban atendiendo a nuestros cuerpos. Al llegar a ese punto, me preguntaba si se podía justificar esa afición a costa de la mujer. Pensaba que ese tipo de concursos podía validarse poniendo a competir a los hombres en belleza física, lo cual se había hecho, aunque en menor escala y no con tanta parafernalia, colocándolos en una balanza similar, como objetos físicos para disfrute de las mujeres. ¿Remaríamos parejo en el mar de la celebración estética?

Profunda en mi pensamiento, quedaba siempre, acuciante, mi curiosidad. Si era cierto que la rosa podía durar más que sus pétalos, ¿podía perdurar una mujer más allá de su consagración como reina de belleza? ¿Es tanta su belleza? ¿Es tanto la belleza? ¿O es tonta, acaso, la idea de triunfo en la belleza?

Al final de mi vida llegué a pensar que, verdaderamente, no había sido la belleza en sí misma lo que más me había inquietado, sino su otra dimensión: la belleza del conocimiento.

No me rindo. Por eso te invito a repensar conmigo, a asentir o a disentir, sobre el alcance de ese último verso del poema de mi sepulcro: “*Aun si el reino es fugaz, la Belleza trasciende*”...

¿Qué dices?: [_____]

Parte II

[*En un anfiteatro de la capital de un país, un maestro de ceremonias:*]

—Señoras y señores, estimado público. Me cabe el honor de anunciar, en este concurso para elegir a la señorita más bella de nuestra ciudad, el veredicto final del respetable jurado que ha realizado la ardua tarea de seleccionar a la Reina del Carnaval de este año. La feliz triunfadora nos representará con su belleza y simpatía en las fiestas populares que se avecinan.

Debo aclarar que el fallo que voy a anunciar es y será inapelable, y que la corona carnavalesca que adornará a la joven elegida representa un modo de celebrar, con toda la dignidad del festejo y el buen juicio de los miembros del jurado, no sólo la belleza de

la nueva reina sino también la de la mujer en general. ¡Y cuántos horizontes no le abrirá a ella su genética, perdón, su estética! Ya lo dijo el filósofo Arthur Schopenhauer: “La belleza es una carta abierta de recomendación, que nos gana los corazones de antemano”. Por esa trascendencia de la belleza, le rendiremos culto popular a la nueva soberana.

Dicho esto, es un privilegio, para mí, dar a conocer el veredicto. Llamaré a la ganadora por su nuevo título nobiliario carnavalesco... Escuchen bien... La Reina de este ansiado carnaval es..., es... Yolanda I. Venga, pase por aquí, Graciosa Majestad... Y como estandarte del triunfo, reciba sobre su torso esta banda que la identificará durante el mes y medio de alegre celebración de nuestros carnavales.

Unas palabras al público, Majestad... Pero... Alteza, ¿por qué llora? Está temblando la Soberana. ¿Qué siente? ¿Qué piensa? Háblele al público... ¿Y sus padres? ¡Que suban al estrado los padres!... Ah, ¿no están...? Reina, ¿no han venido sus progenitores?... ¿Algún percance?

[La reina se dirige al público:]

—Ay, ay, Dios mío... ¡Qué emoción tan grande! ¡Es como un cuento de hadas! Este... bueno...

Primero quiero agradecer al jurado el haberme distinguido entre tantas mujeres bellas. No me he sentido nunca la más bella; pero si ellos han dictaminado que lo soy, empiezo a creérmelo... ¡Ay! Estoy temblando de felicidad. Trataré de representar a mi pueblo con todo el brillo de mi belleza. ¡Qué triunfo éste de mis quince años! ¡Saber que represento la belleza de la mujer! Estoy interiorizándolo... Este experto jurado me hace merecer la admiración de todos...

Y, bueno... Mis padres... No han venido porque no les gustaba la idea de que yo entrara en el certamen, aunque al final aceptaron. Me han dicho que la belleza exaltada de una mujer puede causarle traumas. Me explicaron también que el reinado del carnaval es efímero y banal; que los hombres, entonces, acosan y pretenden a la reina para llevársela como trofeo de conquista;

que el hacer creer a esa reina que es la más bella, llega a ser causa de mucha tristeza cuando envejezca; y que esa mujer, al final, habrá descubierto que ésa no era la verdadera belleza... Yo, con el debido respeto a mis padres, pero confundida, les repliqué: “¿No piensan que la belleza de una mujer merece premio?”... Pues, no contestaron; pero después dijeron que si eso representaba una ilusión para mí, que me inscribiera... Ay, Maestro... he hablado de más... ¡Qué vergüenza!...

[Una semana después, en un acto oficial, el maestro de ceremonias:]

–Respetable público televidente que sigue esta transmisión por control remoto desde el anfiteatro de nuestra ciudad.

Asistimos hoy a la ceremonia de coronación de su Majestad Yolanda I, que presidirá, con toda su radiante belleza, los carnavales de este año.

Me han asignado la responsabilidad de informarles que la coronación programada para esta noche tomará un aspecto distinto al de años anteriores. Sucede que los padres de la Reina del Carnaval han notificado al alcalde que su hija se encuentra enferma, guardando cama en su casa. Pero no hay que desanimarse. Ya ha habido un acuerdo para que la corona real carnavalesca sea colocada en su lugar esta noche. Nuestro alcalde ha dispuesto que el acto se realice en el propio lecho de enferma de la Reina. Queremos también descartar, por este medio, ciertos rumores de que los padres de Yolanda hayan intentado sustraerla de las fiestas carnavalescas. Por eso está aquí nuestro alcalde, para explicar mejor lo que he dicho. Tiene la palabra el señor alcalde...

[El alcalde, ante las cámaras de la televisión:]

–Buenas noches a todos los televidentes. Debo comunicarle a todo pueblo que ya hemos establecido contacto telefónico con los progenitores de la Reina. Ellos son conscientes de la prevalencia de un contrato oficial que firmó su hija sobre su deber de participar activa y continuamente en los festejos carnavalescos.

Hemos aclarado a ambos padres, para su tranquilidad, y ahora para la de todo el pueblo, que, ante el hecho de encontrarse Yolanda I indispuesta en su lecho, reconocemos su derecho –valga la rima– a quedarse en casa para recuperarse lo antes posible sin dejar de cumplir con su contrato. Además, hemos comunicado a ambos padres que como el acto de coronación no puede suspenderse, vamos a trasladar las cámaras y los micrófonos de nuestro canal hasta el propio domicilio de la Reina.

Sepan todos que, en su lecho de enferma, Su Majestad Yolanda I recibirá oronda, de mis propias manos, la regia corona del carnaval y los quinientos pesos prometidos a la que resultara ganadora. Vean este cheque que nuestro a la cámara, el merecido premio a su belleza. Hacia la casa de la Reina nos estamos moviendo. Continuamos transmitiendo. Muchísimas gracias por la sintonía.

Parte III

No quiero abrumarte, lectora o lector complaciente, pero no quisiera terminar nuestra *crioconversación* sin dejarte como recuerdo mis zozobras: ¿qué es la belleza en la mujer?; ¿merece premio su belleza física?; ¿revela ese premio la vanidad humana?; ¿es una muestra de la cosificación de la mujer?; ¿o es, más bien, un modo implícito de intuir en la belleza transitoria un valor estético trascendente, y de reconocerlo simbólicamente?

Tú dirás:

[_____...]

Quizás haya tenido razón Hermann Hesse al escribir: “La belleza no trae felicidad a quien la posee, sino a quien la ama y la admira.”

Te contaré más la próxima vez que me visites.

FLOR BELLITA

“El primero que comparó a la mujer con una flor, fue un poeta; el segundo, un imbécil.”
(Voltaire)

Parte I

Si lees, paseante, rescatas mi espíritu. Mira bien el epitafio que me dedicó Cristóbal –después te explico–, inspirado en una canción de Marta Valdés:

*“Toma esta flor, dime tu nombre.
Quédate un poco; vuelve después.
Busco el amor, pero se esconde...
¿O no es amor lo que busqué?”*

Lo más triste de mi vida no fue morir joven, sino mi experiencia fatal con los hombres hasta el día de mi muerte. Me llamaron *Flor Bellita*, presa fácil de machos cabríos que deseaban poseer mi rosa. Todos arrancaron pétalos a aquella flor carnal, *mujer de la vida*.

La vida me acorraló como a aquella pobre muchacha prostituida, de una calle de Montmartre, de la que contó, cantando, Edith Piaf. Nos acorraló a mí, a mis padres y a mis cuatro hermanos en el corral de país donde vivíamos como animales.

Mi nombre era Flor Bella. Cuando nací, ya mis padres habían decidido llamarme así, pensando que de ese modo augurarían mi belleza. Sin embargo, si el ser bella es para cualquier mujer una fortuna física, para mi espíritu resultó un infortunio de por vida... El diminutivo *Bellita* lo crearon mis compradores, no por cariño dispensado, sino para menospreciar mi valía, una manera sutil de reducir a juguete sexual a una mujer.

Cuando una muchacha cae en el abismo del hambre, de las necesidades básicas insatisfechas, puede caer también en la ten-

tación, no tanto en el sentido pecaminoso que le dieron en la Biblia al culpar a Eva injustamente, como en el de “provocación” inevitable que induce a una mujer a intentar sobrevivir vendiendo su cuerpo. Mi abismo era el de muchas mujeres y sus familias. De la caída intenté defenderme poniendo un alto precio a la posesión de mi belleza. De alguna forma tenía que defenderme. Mi defensa consistía en desbanicar a los hombres vendiéndoles mi flor tierna, rozagante, recién cortada, de pétalos que parecían asegurar la eternidad.

Tenía quince años y ya había cursado la instrucción primaria y la secundaria, pero no la de la escuela de la vida. No había estudiado los instintos de los hombres: de hijos, padres, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos..., y así ascendiendo hasta los neandertales. Había aceptado tácitamente mi papel “femenino” sin cuestionar la autoridad masculina, que me parecía ley natural o divina, destino manifiesto. No había sentido en carne propia, como literalmente ocurrió después, los instintos bestiales de los hombres.

Lo más “florido” –sanamente dicho–, lo más bello que ofrecí a alguien, me ocurrió a la floreciente edad de catorce años. Sentí por primera vez amor erótico hacia un hombre. Ya me había habituado a escuchar piropos –decentes o de mal gusto– y expresiones de enamoramiento fácil de muchachos que me acosaban de palabra –las palabras que amenazan–. No había conocido a ningún adolescente suave, cortés, dulce, refinado o dócil en el trato, y suponía que todos se formaban en el mismo molde. Sin embargo, un día conocí a uno distinto, Cristóbal. Él no me enamoró, pero yo quedé prendada de él fatalmente –presagio de mi fatalidad futura–, hasta que, semanas más tarde, con mucho secreto me confesó su homosexualidad latente. Quedé desesperanzada y renegué de la vida, hasta el punto de desear la muerte –que vendría, años después, de manos de un hombre–. Por suerte, ese trance juvenil se aligeró con el respaldo de mis amigas. Una de ellas me hizo ver que, aunque la homosexualidad había sido demonizada por culturas y religiones intransigentemente machistas, era un hecho natural en muchos seres humanos a los que la sociedad había estigmatizado. Otra me hizo morir pero de risa, diciéndome que debía aplicar a Cristóbal un trabalenguas

al modo de los del personaje Cantinflas: “Él no es ni hombre ni mujer, sino todo lo contrario”... Después me explicó que las personas homosexuales no eran bien vistas porque predominaba en la cultura un concepto tajante, estrictamente “binario”, de dos géneros polarizados, masculino y femenino, que no las incluía, y que provocaba en ellas inhibición y miedo.

Cristóbal fue el único hombre que amé en la vida. Nunca sentí amor por los hombres, ni por aquel corrupto país en que *subvivíamos*, dominado por ellos, de vida asfixiante para los pobres, por el desempleo, el hambre, la miseria y la muerte.

Dejé los estudios para ayudar a mi madre en la crianza de mis hermanos menores. Llegó un momento en que no teníamos economía para sostenernos. No parecía ser opción para mí el convertirme en sirvienta explotada y mal pagada, y había un ejército de necesitadas disputándose el trabajo. Para mi mal, ocurrió que, en la calle donde vivía, como la de aquella canción de Piaf, la hija de un vecino había aliviado la crisis de su familia dando “malos pasos” –las palabras que confunden–, como si los pasos de los hombres hubieran sido buenos siempre, especialmente los de aquéllos que conocí a partir de entonces.

Y justamente a partir de entonces, me convertí en mujer “de la vida” y, años más tarde, de la muerte. Mis padres protestaron, y los desafié optando por el “mal camino”.

Puedo vanagloriarme de haber dado dos “buenos pasos”: me resistí siempre al dominio de los proxenetas; y, por principio tácito, no hice nunca rebajas, ni siquiera a los clientes de la clase media. También siento la satisfacción, ¿vanidosa?, de saber que aunque haya muerto en la *flor* de mi juventud, aún exista para mí el modo mágico de “durar más que mis pétalos”: la memoria humana. La gente curiosa que se acerca a este jardín –a este cuento–, como tú, me revive, ¿me eterniza?

Además, mirando el pasado desde la perspectiva de este momento, creo que fui dadivosa no sólo entregando mi cuerpo al que lo deseara, sino también ofreciendo a mis padres y a mis hermanos, angustiados por los frecuentes desahucios que sufrían, el dinero “indecoroso” que les sirvió para alquilar, por un tiempo, un apartamento “decoroso”.

Lo triste de mi empleo era que me enfermaba y contraía enfermedades venéreas. Hasta quedé embarazada y aborté varias veces. No sé cómo hubiera sobrevivido sin mis clientes médicos y farmacéuticos, sin los caros recursos de la ciencia. Temporalmente, me recuperaba y seguía vendiendo una flor bien vendida. Sin embargo, nunca logré recuperarme del asco que sentía hacia los hombres.

Lo habitual en mi vida era el desfile de machos: jóvenes, muy jóvenes, inmaduros, maduros, mayores, menores, ricos, obreros, campesinos, analfabetos, profesionales, veteranos, banqueros, comerciantes, maestros, abogados, jueces, inspectores, monaguillos, curas, militares, marineros, pilotos, urbanizadores, funerarios, traficantes, barberos, magistrados, gerentes, directores, inversionistas, fotógrafos, periodistas, psiquiatras, sociólogos, censores, músicos, cantantes, publicistas, políticos, alcaldes, diputados, representantes, líderes, funcionarios, coleccionistas, historiadores, fetichistas, dementes, sobrios, ebrios, drogados, exhibicionistas, aberrados, zurdos, mancos, cojos, y hasta floristas y floricultores que querían inspirarse... Menciona tú, y acertarás, otros oficios y profesiones de hombres que pagan bien la belleza de la mujer, que recuerdes:

[_____...]

Nunca cobré a los poetas, escritores, pintores y escultores gais que venían sólo a contemplar mi belleza, a alabarla como si fuera flor eterna, pero también a lamentar que la vendiera. El número y la variedad de clientes eran únicamente comparables con los de la Eréndira del cuento de Gabriel García Márquez, con la diferencia de no tener, como ella, una abuela que la especulara prostituyéndola.

Como “no toda recaída va de arriba abajo” –según Julio Cortázar–, al cabo de tres años cayendo y recayendo, deseaba redimir mi espíritu en algún cielo que me admitiera en su reino. Pero sufrí un desgaste físico y mental suicida. Al final, un raro cliente me citó en un hotel de lujo... Me golpeó con puños de Neandertal hasta matarme; y supongo que, como anunció antes de perpetrar el feminicidio, se habrá matado conmigo. Quedé tendida, ensangrentada, sobre una alfombra. Aquel hombre no sólo había re-

servado una habitación y a una mujer, sino también el derecho a asesinarla con su aberrado instinto y una abultada billetera.

Sé que el error inicial, mi “pecado original” como prostituta, fue acto consciente mío, pero también —lo sabe la sociedad en su conjunto— que son los hombres quienes pagan para que mujeres ya deshonradas por la miseria, se prostituyan arriesgando su integridad, su salud y, lo peor, la vida.

Yo hubiera querido ofrecer mi alma y no un cuerpo vendido; hubiera deseado ofrecerla a otro Cristóbal excepcional —¿habría existido?— del que me enamorara, y al que le hubiera podido decir lo que escribió Florence Yudin:

“Mi alma está en mi poesía.
Ya no me tienes que ver desnuda.”

También yo pagué la flor, con mi muerte. Cometí el riesgoso error que cometen quienes reparten margaritas a los cerdos.

Parte II

(Primer tiempo)

[En el patio de una escuela:]

Cristóbal: Toma esta flor. Dime tu nombre.

Bella: Me llamo Bella.

Cristóbal: No, te llamas Flor.

Bella: ¿Por qué me das esta gardenia?

Cristóbal: Porque es bella, como tú.

Bella: Busco el amor, pero se esconde.

Cristóbal: O no es amor lo que buscas.

Bella: Busco el amor, y te encuentro.

Cristóbal: Has encontrado a un floricultor.

Bella: ¿Cultor de flores?

Cristóbal: Sí, no de amores de mujer.

(Segundo tiempo)

[En una calle de la ciudad:]

Primer hombre: ¿Cómo te llamas?

Bella: Me llamo Bella.

Primer hombre: Bella que cautiva.

Bella: Más allá de mis pétalos.

Primer hombre: ¿Y tanta flor puede ser mía?

Bella: Depende de lo que pagues por ella.

Primer hombre: ¿Por tu flor, *Bella*?

Bella: Por esta bella y cara flor.

Primer hombre: ¿Cuánto vale tu flor?

Bella: Mucha tierra de tu jardín...

(Tercer tiempo)

[En la habitación de un hotel:]

Último hombre: ¿Flor Bellita?

Bella: La belleza de mi flor.

Último hombre: Cautivas a los hombres.

Bella: “Hombres necios que acusáis...”

Último hombre. No acuso: compro.

Bella: ¿Cuánto pagas por mi flor?

Último hombre: ¿Por una flor marchita?

Bella: Todavía bella flor.

Último hombre: Flor de muertos.

Bella: Tú estás vivo.

Último hombre: Me quiero morir contigo.

Bella: ¿Morir conmigo?

Último hombre: Desflorando la flor.

Bella: ¿Desflorándome?

Último hombre: No te lo han hecho todavía...

Bella: Me lo han hecho todo ya.

Último hombre: Menos matarte... ¡Toma!

Parte III

Ahora comprendo: debí haber sido yo la asesina. Si la prostitución es delito, ¿qué más daba contrarrestarlo con otro delito? Si los hombres nos piden el cuerpo pagándonos, ¿por qué no pedirles el suyo y que les cobremos, matándolos, por las vidas que corrompen? Ser prostituta es ser objeto de un deseo esclavizador, hecha, rehecha o deshecha por los hombres, como otras de sus tantas servidoras.

El final de mi vida debió haber sido otro. ¿Me faltaron las fuerzas? Prevalció en mí la falsa conciencia de “sexo débil” que nos imponen, o el “no matarás” de una Biblia escrita por hombres.

Si eres lector, no te sientas como amenazado de muerte, sino como convidado a pensar en la vida de las mujeres. Si eres lectora, “toma esta Flor” como experiencia. Si tienes conciencia lúcida, lectora o lector, no mates nunca, pero defiende el derecho a una vida justa que debe tener la mujer. ¿Qué piensas?:

[_____...]

Acuden ahora a mi memoria las palabras –las palabras sentencian– de un escritor a modo de ¿piropo?: “Una santa puede caer en el barro y una prostituta subir a la luz”, León Bloy.

Te contaré más la próxima vez que me visites.

RAZÓN DE BÁRBARA

“Una razón machacada hasta el infinito se convierte en una sinrazón.” (José Triana)

“Una sinrazón machacada hasta el infinito se convierte en una razón.” (E. Angulo)

Parte I

Yace aquí una mujer, yo, que, según dijeron, perdí la razón en vida. Como la vida es y no es sueño; y como la muerte es y no es muerte, he estado aquí como dormida.

Si perder la razón es como estar ya muerta, o muerto, yo estaba viva. ¿Había perdido la razón, o creyeron sin razón que la tenía perdida? ¿Era la razón de los hombres una sinrazón que me perseguía? ¿Demente, obsesivo-compulsiva? Si de verdad perdí la razón, creo que contigo la recupero ahora que me despiertas. Aquí estoy, me levanto, ando y... entro en razón contigo, lectora o lector.

¿Qué es la demencia? Enfermedad terrenal y celestial al mismo tiempo. ¿Acaso no es demencial adorar compulsivamente a Dios –si es que no murió, según Friedrich Nietzsche, si no lo mataron los hombres–? ¿No son actos compulsivos los rezos, las letanías de los rezos, los mantras, el rosario, el ritual del agua sobre el cuerpo o el sumergirse en ella para comunicarse con Dios? Si existe Dios, ¿es hombre? Y, “si no existiera”, escribió Voltaire, “habría que inventarlo”. A mí me inquietaba siempre una duda, ¿obsesivo-compulsiva?, una pregunta que ya otros se habían planteado: ¿nos creó Dios, o lo crearon los hombres a su imagen y semejanza?

Fui arquitecta de profesión, y *demente* –las palabras que encasillan–, según los hombres. Si valía algo como mujer, no era por mis proyectos sino por las ganancias que éstos producían en un mundo machista, “el mejor de los mundos posibles”, como en Voltaire. Por eso quise desafiar la razón masculina. La obsesión por ser yo misma alteraba la razón del desafío. ¿Demente? No:

de mente –dos palabras– insumisa; según ellos, “obsesivo-compulsiva” –las palabras que condenan o redimen, que aumentan o disminuyen–, su diagnóstico para reducirme.

Si en realidad los humanos son lo que ellos hacen con lo que han hecho de ellos, como escribió Jean-Paul Sartre, esa *hechura* se agravaba al referirse a las mujeres. La señora Simone de Beauvoir, amante de Sartre, lo había secundado diciendo: “No se nace mujer: se llega a serlo”; es decir, la sociedad machista la va haciendo desde su nacimiento; sólo puede ser lo que han hecho de ella los hombres. A mí, desde niña, me había inquietado un refrán referido a una realidad que parecía natural e inevitable: “Árbol que crece torcido, jamás su tronco endereza”; y, al recordarlo de adulta, me parecía reflejar la imagen exacta de lo que se hacía, fatalmente, de la mujer: un ser humano “torcido” por la manipulación *retorcida*, de los hombres, con pocas opciones para enderezar su árbol sobre la tierra.

Desde los tiempos de mi vida escolar, pensaba y repensaba cómo el sexo biológico –hembra, varón– no era lo mismo que los géneros *masculino* y *femenino*, donde las diferencias no son naturales sino sociales y se convierten en desigualdades. Me daba cuenta de que así se programaba lo que mujeres y hombres debían ser y hacer mediante estereotipos impuestos. Esas imposiciones me sacaron de quicio desde que tuve uso de razón –de la que carecía, según ellos– y concitaron mi odio hacia nuestros programadores, machos machistas.

Consciente de que los llamados géneros masculino y femenino eran conceptos contruidos socialmente, y convencida de que la mujer era objeto de manipulación de los hombres, yo quería deshacerme para reconstruirme. Si de verdad latía en mi ADN el gen de la “obsesividad”, su efecto era como el de un martillo tala-drando mi cerebro. Quería deshacer de raíz aquel nudo gordiano de mi pensamiento...

Venía a ese pensamiento “demente”, obsesivamente, una fantasía, imaginándome que las mujeres nos convirtiéramos en Amazonas modernas, irreverentes, rebeldes, dominadoras; que creáramos un matriarcado que nos reivindicara en igualdad de géneros y suprimiera para siempre la etiqueta de *sexo débil*. Al

volver a mi realidad, buscaba respuestas en las variadas teorías del pensamiento feminista y en mujeres inconformes, incómodas, insurrectas como yo. Encontré criterios, reclamos y reflexiones como ésta: “Feminismo no es repartirse ‘el pastel’ entre ambos sexos; es hacer uno nuevo”, de Gloria Steinem. En la vida real, los hombres continuaban sirviéndose la mejor parte de un pastel que, en los nuevos tiempos, resultaba ya agrisulce.

Si realmente había en mí —no quise recibir un diagnóstico de la ciencia psicológica liderada por los hombres— un trastorno obsesivo-compulsivo originado en mis genes, entonces se puede decir que la genealogía de mi tormento fue la causa que desató una última tormenta.

Cuando empecé a desempeñarme como arquitecta, ya había notado que la arquitectura era profesión en la que predominaban los hombres; pero no había sentido en carne propia la distancia que ellos interponían. La convivencia en la oficina se me hizo intolerable. Había que aceptar la autoridad y la supervisión masculinas. En el trato, yo era como una extensión de la mujer domesticada por ellos —novia, esposa, madre, hermana—; la inferioridad parecía un hecho probado. No pude evitar, un día, en una discusión sobre sueldos y especificaciones laborales, reaccionar como Medusa moderna, cargada de rabia contra los Poseidones arquitectos que me rodeaban, como en el mito —otro cuento— en que, a ella, mortal como yo, la convierten en peligroso monstruo dotado de la facultad de petrificar con su mirada. En mi obsesión, aquel día, arquitecta al fin, sentí el deseo de convertir en piedra a aquellos compañeros de oficina, de incrustarlos en un muro como castigo. En aquella reunión, tras aquel trance de rabia contenida, sufrí un infarto que me provocó la muerte.

¿Ha cambiado el contenido humano de la arquitectura?
¿Hay otra visión del cuerpo y la mente de la mujer como “diseño-otro” de “arquitectura-otra” en toda su magnitud? ¿Se ha reconstruido su edificio vital? ¿Ha variado la mente *demente* de los hombres?

Te pido, entonces, si eres lector, que seas *de mente* —dos palabras— “razonable” al leer, asumiendo *yin* y *yang*, *yang* y *yin*, como fuerzas iguales, mancomunadas, del universo. Si eres lec-

tora, te sugiero que refuerces tu *yang*, y tu *jean* –si no llevas la falda que nos “feminiza”–, repensando nuestra vida.

Entonces, lectora –las damas primero– o lector *de mente sana*, interactuemos: yo con mi sueño despierto, y tú para que yo sobreviva.

Parte II

[*Bárbara, en la oficina de una empresa de diseño arquitectónico:*]

–¡Un momento! ¿Por qué antepone usted la palabra “arquitecto” cuando me llama por mi nombre? Estoy harta de que se refieran a mí recurriendo a un título profesional masculino. Si se usa el adjetivo “perfectos” para referirse a los hombres, creyendo que lo son, en género masculino –escatimando el mérito a muchas mujeres “perfectas” posibles–, aun sabiendo cuál es el género femenino del idioma, por lo menos razone usted –si es que quiere razonar– lo siguiente: a las mujeres como yo, aunque no sean “perfectas”, se les debe llamar, con la corrección debida, “arquitectas”. Así que, por favor, aplique la regla: no me llame “arquitecto”.

Y, fíjese, curiosamente, qué feminismo esencial hay resumido en una palabra de nuestra profesión: el arte al que nos dedicamos, tanto arquitectos como arquitectas, es la arquitectura, de género femenino en el idioma español.

Le cuento lo que un día me explicó un profesor de gramática: “El género de los nombres de las cosas fue convencional en el nacimiento de la lengua: al sonido ‘o’ del final de una palabra se le tuvo como masculino; y al sonido final ‘a’ como femenino”. Y sepa usted que, aunque no soy ni profesora ni miembro –o *miembra*, como debería decirse– de la Real Academia de la Lengua, rechazo las arbitrariedades tóxicas en el uso de un idioma programado por los hombres desde los primeros tiempos. ¿A una mujer del ejército se le llama *general*, o *comandanta*, y a una de menor grado, *caba*? La que maneja un avión, ¿es *pilota*? Pues yo soy *arquitecta*, con la vocal “a” al final de la palabra.

Si usted persiste en lo de “arquitecto”, me quejaré formalmente a la administración de la empresa. No tolero que los hombres dirijan hasta mi modo de utilizar mi lengua.

Y aún más. Ese trabajo que me han asignado, el diseño de la torre de ese edificio, es un proyecto machista, y no lo acepto. ¿No se dan cuenta? La forma de la torre es un símbolo fálico. ¿No pueden construirse torres diferentes, o edificios sin torres puntiagudas? ¿No pueden diseñarse a dos aguas, a dos vertientes, todos los techos? Diseñenlos que evoquen a la mujer, a los genitales femeninos, como el abrir de piernas en la maternidad. Y si las torres son inevitables, ¿por qué no diseñar más a menudo dos torres iguales, bajas, simétricas, moderadas, con casquetes redondeados como pechos femeninos?

Sé que la humanidad ha cargado hasta ahora con el machismo, como en los cuentos —siempre los cuentos— machistas de la Biblia. La mujer se estrenó mal en la noche de los tiempos. Dios —por supuesto, dios hombre, creado a imagen de los hombres— le impuso el acto del paritorio y los consiguientes dolores como castigo a un presunto pecado original. El caso es que, ya fuera por idea “divina” o por diseño original de la propia naturaleza —¿naturaleza machista?—, al hombre se le negó la capacidad anatómica del embarazo en la reproducción de la especie.

Mi propuesta es que se debata el hecho, supuestamente natural o divino, de existir dos sexos con ventajas de uno sobre el otro; que se considere la posibilidad, aunque sea utópica, de modificar o variar las funciones biológicas aplicando la ciencia y nuevas tecnologías no regidas por el criterio de los hombres; que las decisiones sean tomadas, por igual y en mutuo acuerdo, por hombres y mujeres.

El machismo, tan antiguo como el dios que crearon los hombres, ha sido una enfermedad histórica y endémica. Sin embargo, ha habido, y hay —como en mi caso—, mujeres que se han rebelado obsesivamente contra la autoridad impuesta. A mí desde niña me sedujo el cuento —los cuentos memorables— de una reina insumisa y temeraria, Urraca de León, que desafió las convenciones reales —de la realeza— enfrentando intrigas, escarnios, abusos físicos y psicológicos aberrantes, y hasta un encarcelamiento ordenado

por su esposo, prefigurando, inspirando, la rebeldía de muchas mujeres de tiempos posteriores. Lo que me seducía de esa historia de Urraca I, la primera mujer europea en ejercer un reinado en pleno derecho, era su frase-lema: “Soy mujer y soy el rey.” De vivir hoy, reina extemporánea de la realeza, obsesiva y desafiante, muy probablemente usaría las palabras de una bien conocida –y trasnochada– canción machista: “Pero sigo siendo el rey...”

Y ahora, colegas, por favor: a un asunto de higiene laboral. Que los hombres de esta oficina no toquen más los papeles de mi escritorio. Si quieren ver mis diseños, pídanlos cortésmente, escuchando bien mis razones. Cuando el jefe-hombre quiera revisarlos, me levantaré, se los llevaré y se los explicaré razonablemente, razonadamente, en su despacho.

Y no, no acepto la diferencia de sueldo, ni las prioridades y prerrogativas que “los arquitectos” se arrojan; ni las concesiones, ni la representación de la imagen de esta empresa en la figura masculina, ni la toma de decisiones, ni las ganancias acaparadas, ni el trato falsamente cortés o “condescendiente” que dan a las mujeres de la empresa...

No me someto a que los hombres me den palmaditas en el hombro para felicitar-me o para compadecer-me, ni que me rocen el brazo cuando me hablan, ni que intenten agarrarme una mano para congraciarse. Ya habrán notado, muchas veces, que me lavo las manos después que alguno de ustedes me ha tocado. ¿Obsesivo-compulsiva?

Si uno cree que es así, pues así es, según Luigi Pirandello. Padezco, sí, de una enfermedad causada por el machismo: soy obsesivo-compulsiva frente a los hombres. A fin de cuentas, tal parece que el agua que utilizo para limpiar físicamente impurezas, también puede limpiar bien y, además, purificar espiritualmente, o al menos psicológicamente, a quien entra en contacto material con ella, en los ritos de las religiones creadas por los hombres, o por los dioses-hombres. ¿Qué es el bautismo? ¿Qué es el agua bendita de la Iglesia? ¿No provoca una práctica material “benedicida” y, sin embargo, obsesivo-compulsiva?

Quiero mantener la verdadera pureza que hay en mí, biológica y espiritual. No me refiero a la exigida, por mucho tiempo,

en torno al sexo y la virginidad, verdadero dilema en la mujer moderna. Hablo de la pureza de pensar, de utilizar nuestro natural raciocinio con libertad, descontaminada del veneno milenario que es el machismo; liberada de prejuicios, estereotipos y estigmas creados en nosotras y sobre nosotras, limpias y sanas, independientes, razonables, razonantes, racionalmente purificadas.

Obsesiones, compulsiones más...

(Bárbara ha terminado de hablar, exhausta, pero satisfecha de haber alzado la voz para decir lo que piensa.)

Parte III

Di tú, razonable lectora o lector, considerando mi razón: ¿crees que Francisco de Goya tenía razón –permíteme esta redundancia razonada– al referirse a la razón humana, cuando, muy racionalmente, dio a uno de sus cuadros más famosos este título: *El sueño de la razón produce monstruos?*:

[_____...]

Una mujer influyente, Coco Chanel, opinaba: “El acto más valiente es pensar por una misma en voz alta”. Ella contribuyó a liberar a la mujer de trapos *púdicos* a principios del siglo XX.

Te contaré más la próxima vez que me visites.

COLOR DE ESMERALDA

“*A negra, E blanca, I roja, U verde, O azul...*”

(Arthur Rimbaud)

Parte I

Despierta mi alma dormida, visitante, despiértala *contemplando cómo se pasa la vida, como se viene la muerte tan callando*. Revive no sólo esa copla de Jorge Manrique dedicada a su padre, sino también a esta muerta que se cansa de descansar. Descansa tú, huésped de mi sepulcro, que el descansar no es el mejor destino para una mujer como yo, que desafió tormentas al navegar *los ríos que van a dar a la mar...* Lo afortunado de mi muerte es que puedo revivir cada vez que me visitan.

He dicho “visitan”, en plural, porque las muertas, y los muertos, dependemos de visitantes como tú, que se detengan y nos lean. Digo “nos” porque, como puedes leer en esa lápida, somos dos los que yacemos en esta bóveda: un hombre, Orlando, y yo, su mujer.

Disculpa, he dicho “su mujer” por reflejo condicionado, según la tradición machista. No he reparado, como debiera, en las palabras –las palabras acusan–. Pero rectifico: “su esposa”. Nunca fui propiedad de ningún hombre; aunque –te confieso– él sí mía, pues *me entregó su corazón* –frase gastada, aunque poética– sin exigir que el mío fuera suyo. (Bien lo ha pensado Byung-Chul Han: “el idioma es una herramienta material de la comunicación cotidiana; pero si lo usamos para expresar una visión contemplativa del espíritu, se convierte en poesía.”)

Ahora, lectora o lector, quiero contarte –siempre los cuentos– varios episodios de nuestra vida...

Él y yo sorteamos en vida un mar revuelto –metáfora vivida–, de olas rampantes de muchas incomprendiones, prejuicios y estereotipos. ¿No intuyes el origen de la marejada? Olas contrarias en resaca: él negro y yo blanca; él mayor y yo más joven; él po-

bre y yo burguesa; él huérfano y yo con padres muertos de miedo, no racistas pero presionados por un medio social prejuicioso. Nadamos a contracorriente, braceamos con osadía.

¿Cómo puede el color de la piel humana convertirse en un estigma? ¿Son las razas realmente razas, o son categorías artificiales construidas por los hombres? ¿Somos un color? A fin de cuentas, la relación de la luz y los colores es física: en la escala cromática –donde no hay uno que valga más que otro–, el color negro es ausencia de color.

Nuestro amor fue como el de cualquier pareja, pero un poco diferente en su momento: “cisne cuello negro, cisne cuello blanco, que se van hiriendo, que se van besando...” –como en Basilio Fergus–. No un caso trágico como el de Francesca de Rímini y Paolo Malatesta, condenados al infierno por ser amantes ilícitos en la Edad Media de Dante Alighieri, en su *Divina Comedia*. Ni tampoco fatal como el de Romeo y Julieta de William Shakespeare. Nosotros no perdimos la vida en el empeño: la ganamos con más fuerza. Fue un amor contrariado por el fantasma de las razas –“no hay razas”, escribió José Martí– y también por el hecho de ser yo casi una niña. Romeo y Julieta eran jóvenes de unos catorce años, edad no inusitada en el amor, ni en su época ni en muchas culturas antiguas y en algunas vigentes. Como ellos, yo tenía catorce años cuando conocí a Orlando.

El comienzo del cuento es sencillo, como el de los juegos infantiles. *Érase una vez* una niña curiosa que, explorando caminos, descubrió uno, se arriesgó y siguió aventurándose. Aquella niña, o adolescente, intentó, una tarde, llamar por teléfono a una compañera de la escuela, pero se equivocó al marcar el número. Contestó un hombre. Trampa feliz del juego: le cautivó, instantáneamente, aquella voz de hombre del número alterado. Cautivada, volvió a llamarlo al día siguiente, y al otro día, y al otro, como jugando. Las voces se gustaron, las palabras –las palabras que enamoran– los imantaron, las hormonas los inquietaron: las nuevas de ella y las ya maduras de él. Amor prohibido... Sólo una vez se vieron, a distancia: desde el portal de su casa ella; desde la acera de enfrente él, desafiando los dos el riesgo del encuentro.

Como los juegos peligrosos de los niños no tardan en ser descubiertos por los adultos, el mío fue sorprendido por mi madre como llama escondida; pero ya él y yo sabíamos que sería difícil apagarlo. Mis padres intentaron sofocarlo: me sacaron del país y me alejaron, aunque no lograron extinguirlo. Aquella voz, aquellas palabras, aquel fuego precoz de mis catorce años, sus rescoldos, sobrevivieron en mí como brasas cubiertas por cenizas falsas.

“Pasó el tiempo, y pasó un águila por el mar...”, como en Martí –dueño de las palabras–. Pasé yo también el mar de mi país hacia otro de águilas. El mismo año de mi llegada a esa nueva tierra, se debatía escandalosamente en los tribunales de justicia el polémico caso de una mujer negra y un hombre blanco –“cisne cuello negro, cisne cuello blanco”, como en Basilio– que desafiaban una prohibición existente de *casamiento interracial*. Contrario a lo que se esperaba, el veredicto favoreció a la pareja, y aquella noticia me dio la esperanza incierta de reunirme con Orlando algún día. Los dos sabíamos que ni yo podría regresar a aquel país, ni él abandonarlo, por la política adversa de dos naciones enemigas. Las barreras impuestas a la comunicación en aquel tiempo, sólo sirvieron para distanciar nuestros cuerpos, no aquel amor en nuestro espíritu.

Pasaron otros catorce años, y no pasó un águila por el mar sino una mujer impetuosa como un águila, dispuesta a revivir una llama suspendida en el tiempo y la distancia. Volví entonces a mi país natal para buscar a Orlando. Y como el que busca, encuentra –según algunos filósofos–, nos encontramos, nos reencontramos. Decidí entonces pasar el mar del regreso con él, decididos los dos a enfrentar desafíos, como aquella pareja interracial que había abierto un camino a futuros amores contrariados por el medio –“cisne cuello negro, cisne cuello blanco”.

¿Vencimos? Enfrentamos nuevas olas: los prejuicios latentes de un racismo solapado y ostensible al mismo tiempo. Braceamos otra vez navegando el mar incontenible de la vida. Contra viento y marea. Entonces, como recompensa íntima, y para darnos bríos con buen humor –el humor, como el amor, salva–, decidimos jurarnos lo que en las telenovelas de entonces se prometían los

amantes sensibleros con la poesía a su alcance –mayor o menor, mejor o peor, pero poesía–: “Hasta que la muerte nos separe”.

La muerte no ha podido separarnos.

Ahora, lectora o lector cómplice, ante estos “cisnes” ni blancos ni negros sino de espíritu incoloro pero colorido a la luz, jura tú que seguirás visitándonos: [_____...]

Parte II

(Episodio 1: dos al habla, al teléfono)

–¿Quién habla? ¿Elena?

–¿Elena?

–Ay, disculpe, señor. No escuché bien.

–¿Escuchas ahora?

–Sí, perdone. ¿Es el papá de Elena?

–No tengo hijas.

–¿No es una casa de familia?

–Vivo solo.

–Ay, disculpe. ¿Es el número 40.36.71?

–El mismo, pero terminado en dos. *(Otro número dos.)*

–Como nosotros dos hablando.

–¿Quieres seguir?

–Si insiste, dos minutos. *(Otra vez el dos.)*

–No insisto, pero si insistes...

–Tengo clases con Elena a las dos. *(Dos recurrente)*.

–Los minutos son cortos si resultan incitantes.

–Soy Esmeralda. ¿Y usted?

–Orlando. Puedes tutearme.

–Tienes voz de locutor y palabras “incitantes”...

–“Las palabras son para hacer el amor al mundo”, según Florence Yudin.

–En tu voz, palabras incitantes.

–La tuya es dulce y aniñada. ¿Qué edad tienes?

–Catorce años. ¿Y tú?

–Catorce más que tú... ¿Seguimos conversando?

–Te llamo mañana a las dos. *(El dos es ya un número de suerte.)*

(Episodio 2: dos semanas después, a las 2:00)

- Orlando, ¿no hablamos demasiado?
- Yo lo disfruto, ¿y tú?
- ¿Y si me enamoro?
- Será de mi voz, de mis palabras. No me has visto.
- Te he imaginado mucho... ¿Cómo es tu físico?
- Tengo dos inconvenientes: decirte cómo soy y tu edad.
- Eres distinto a los muchachos de catorce.
- Espera a enamorarte cuando me veas.
- ¿Cómo eres, Orlando?
- De estatura mediana, delgado, negro.
- ¿Negro?

(Episodio 3: en una casa, tres semanas después, a las 3:00)

- Eres mi hija, Esmeralda, y no vas a salir sola.
- Ya salí. Algunos vecinos me han visto con él.
- Lo sé; por eso no saldrás una segunda vez.
- Estoy enamorada.
- De un hombre mayor, de color y seductor de menor.
- He sido yo la seductora.
- “La seductora” se irá del país muy pronto con sus padres.
- Que me vaya no significa que lo olvide.

(Episodio 4: en otra casa, catorce años después, a las 4:00)

- Vine a buscarte, Orlando.
- “Si buscas, encontrarás”, escribió Platón.
- Te he buscado siempre. No te encuentro por azar.
- Me reencuentras.
- ¿Quieres irte conmigo, “corazón mío”?
- ¿A dónde, Esmeralda?
- A un país racista. ¿Te atreves?
- Me atrevo. Y... ¿si sufres después?
- ¿Por el racismo?
- Contra viento y marea: hay amor.
- Contra viento y marea, los dos. *(Finalmente, dos).*

–Hasta que la muerte nos separe, Esmeralda.

–“La conquista propia es la más grande victoria”, según Platón.

(Episodio 5: en un cementerio, sin hora:)

[Locutor, leyendo una lápida:]

–Estos difuntos no quieren descansar, televisitante. El descansar no es su mejor destino. Los dos estarán vigentes mientras la matriz de este video se conserve en buen estado en nuestros archivos y, sobre todo, mientras haya, como ahora, espectadores que quieran ver, o volver a ver, esta telenovela que ha batido récords de teleaudiencia.

Parte III

¿Qué piensas, lectora o lector? ¿Es eterno el amor? ¿Inmortaliza a los amantes? ¿Los immortaliza, o los hace eternos?:

[_____...]

Hay una diferencia, según Ernesto Sábato: “Lo inmortal es lo inverso de lo eterno, pues la eternidad es un presente absoluto”. La inmortalidad, según él, sólo conlleva “la conversión del anhelado futuro en pasado...”

Te contaré más la próxima vez que me visites

BLOODY MARY

“¿Queréis saber, pasajero, lo que este túmulo encierra?”

(Conde de Villamediana)

Parte I

Aquí estoy, pasajera, pasajero, en este recinto en tierra, habitado por mí y deshabitado de mundo mientras no llegan visitantes curiosas o curiosos como tú, que se interesan por mi persona. Al leer, me yergues. Morí sentenciada pero satisfecha: me vengué justicieramente, con mis propias manos, del hombre que mató en mí la inocencia y cualquier asomo de amor hacia los hombres.

No culpo a todos los hombres de mi muerte. Sólo a uno de ellos, de instintos perversos, uno que no tuvo tiempo de culparme de la suya, pues lo maté buscando que expiara su delito. Matar en venganza o castigando algún abuso atroz, ¿no es hacer justicia? Me he preguntado mil veces si cuando alguien mata se venga, matando, por un daño cruel recibido; si cuando la sociedad mata como castigo, representada por un tribunal que dicta sentencia de muerte, ¿no se le ahorra a la persona ejecutada el continuar sometiéndose al viacrucis que impone casi siempre la vida? ¿No se le abre, entonces, un camino prometido según las religiones: resurrección, reencarnación, eternidad, paraíso, infierno, cielo, purgatorio o limbo como ofertas —como en cuentos—? Y, de no cumplirse esa promesa, ¿no le queda también esta otra oportunidad mía, este camino de quienes recuperamos la vida, una *sobrevida*, cuando huéspedes como tú, leen nuestros cuentos vividos?

Hasta este instante en que lees, mi muerte sólo ha significado estar inmersa en un sueño que dura el tiempo que transcurre entre cada una de las visitas de huéspedes que nos asumen como vida. En cuanto a mi espíritu, si hubiera alguna disposición del universo o destino sobrenatural aplazados por razones que ignoro, lo

desconozco –quizás por lo agnóstica que fui–. Mi única certeza es la de saber que ahora estoy junto a ti, revivida.

Hubo sangre, mucha sangre, en mi crimen, sangre de venganza como castigo del sangrante.

Quise que mi agresor pagara el delito. Si se comparara lo que hizo él conmigo, con el asesinato con saña del que fue víctima Jesucristo, clavado en una cruz –según el cuento memorable–, pudiera decirse que mi violador cometió atrocidad semejante al penetrar lascivamente en mi débil cuerpo de niña.

Tanto la pena de muerte a la que se me condenó por asesinato, como la muerte del hombre que maté por venganza, fueron consecuencias esperadas; sin embargo, la acción de quien me violó no fue, de ningún modo, un resultado previsible. La consecuencia legal de su abuso debía haber sido mi confesión pública; sin embargo, igual que hay cuentos terribles que no llegan a ser contados, que se mantienen secretos por el pavor que conlleva contarlos, sobre todo cuando se arriesga un honor que los propios hombres han codificado e impuesto, en mí hubo silencio. Coaccionada, amenazada por el malhechor, no revelé aquella monstruosidad vivida.

No me hace bien recordarlo, pero te lo cuento. Si lo que te confieso tiene aspecto de cuento, es de cuento triste sobre el destino, en mi caso, el de una mujer traumatizada que pudo sobrevivir pero no evitar convertirse en asesina. Para contártelo, he tenido que mostrarte la cicatriz que aquella herida me dejó para toda la vida.

“Para toda la vida”, palabras que repetía mentalmente, quizás deseando que la vida borrara tan mal recuerdo. Esa frase profundizó el estigma de mi psiquis durante mucho tiempo; ensombrecía todas mis facetas: mi vida en familia, mi vida en la escuela, mi vida en los juegos, mi vida en mis relaciones con amigas y amigos, mi vida en mis encuentros con la gente...

Abusar de una niña o de un niño, es como hundir el dedo en el cemento fresco de un muro recién construido para escribir en él, insolentemente, un insulto o dibujo grosero que, una vez endurecida la piedra, permanecerá grabado en ella mientras no lo reconstruyan o lo derriben...

Intenté reconstruirme. Quise poner de por medio espacio y tiempo. Abandoné mi casa y mi país. Intentando olvidar aquel pasado, busqué afectos, encontré amigas y amigos, trabajé profesionalmente con éxito. Maduré lo suficiente como para comprender que muchas relaciones humanas podían ser “para toda la vida”. Me propuse borrar la marca del insulto grabado en el muro de mi vida. Supe que también la amistad y el amor podían *poseerme* para toda la vida.

¿Es también para siempre lo vivido? ¿Qué crees, lectora o lector? ¿Qué cosas son “para toda la vida”? [_____...]

Conocí mucha gente, mucho mundo, mucha naturaleza, muchas vidas; quise encaminar la mía: trabajé, viajé, amé, viví intensamente. La propia vida, que hace girar vertiginosamente, como carrusel de feria, a quienes la reciben, me condujo a regresar a mi país, al de mis padres, para volver a verlos –quizás premonitoriamente para despedirme de ellos *para toda la vida*–. El destino, conspirador, me enfrentó al que me había violado de niña... Se cumplió entonces una presunta ley enunciada hace muchos siglos por el griego Esquilo: “La violencia engendra la violencia”... Con violencia maté al hombre que había asesinado a una niña sin matarla.

Los dos últimos meses de mi vida transcurrieron en una cárcel de mujeres; allí morí enferma, pero –lo confieso– satisfecha de haber matado al hombre que había matado mi niñez.

Parte II

[*En una casa de familia:*]

(*El reencuentro*)

–Hija, ¡treinta años de ausencia!

–No tantos si piensas que el tiempo es infinito.

–Pero tus padres, no. Podríamos estar muertos.

–No estarían muertos mientras yo los recordara.

–¿Y cuánto dura un recuerdo, hija?

–Mientras se transmita en palabras.

- Querrás decir en la memoria, María.
- Memoria son las palabras, mamá.
- Si se dicen por mucho tiempo, ¿no?
- La memoria erige el tiempo.*

(El recuerdo)

- ¿Te acuerdas, María?
- ¿De qué, mamá?
- De cuando tenías seis años...
- ¿Por qué?
- Tenías miedo a los hombres.
- ¿No hay que tenerles miedo?
- Hay buenos, como tu padre.
- Y malos, hasta en la familia.
- La familia se reunirá esta noche.
- ¿La sagrada familia?
- La de sangre, hija: tías, tíos, primas...
- ¿La *sangrada* familia, mamá?

(La reunión familiar)

- Ya llegaron tus primos, María.
- Primos y primas, mamá.
- Aquí tienes a tus dos tías.
- Tías como estos días: memorables.
- Tienen buena memoria tus tías.
- Es cosa de familia, mamá.
- Ahí entra tu tío. ¿Lo recuerdas?
- Lo he recordado siempre.
- Viejo pero saludable, hija.
- ¿Saludable porque sigue vivo?
- María, hija, saluda a tu tío.
- No es cuestión de saludarlo, mamá...
- ¿Qué haces, María?
- Lo sabrá toda la familia...
- ¡No, no, María! ¡No dispares!

Parte III

En su momento, el abuso de aquel malhechor había quedado impune por falta de acusación. No recibió el peso de la justicia... ¿Hicieron justicia conmigo? ¿Merecía yo el castigo? ¿Pude evitar con mi crimen, y sufriendo el castigo, que el acoso de los hombres continuara?

Este túmulo ha encerrado por años el cuerpo de una mujer que ejerció la justicia por su cuenta; yacen aquí mis huesos de asesina. Dime tú, lectora o lector que me revives: ¿me condenas o me redimes?:

[_____...]

Quiero pensar como Arthur Rimbaud, pero en género femenino: “Yo *es* otra”.

Te contaré más la próxima vez que me visites.

FERVOR DE NEIDA

“Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando.”
(refrán español)

Parte I

Detén tus pasos, visitante. Llegas a un camino cierto. Aunque las muertas –y los muertos– tengamos grabada en piedra alguna clave del camino que recorrimos, el sendero se bifurca –como en Jorge Luis Borges–, y se abre otro al instante cuando una persona interesada e interesante como tú, se aventura a reanimarnos.

Por este camino andamos ahora tres: tú, *vivificante*; mi esposo, y yo –que me muero una segunda vez por contarte mi vida–, *vivificados* con tu lectura.

Los dos descansamos en paz, con mucha paz en la paz de los sepulcros, no sólo por este descanso, sino también porque la disfrutamos en vida, pues nuestro matrimonio fue apacible remanso. Él, para ser hombre, buen marido; yo, para ser mujer, buena esposa. Cada uno interpretó un doble papel en la escena del matrimonio: él, protector y protegido; yo, tanto como él, protectora y protegida.

Entre él y yo no primaron feminismo ni machismo; y si hubo algún síntoma de uno u otro, intentamos disiparlo. La familia y la gente conocida nos veían como un matrimonio *rara avis*: yo, *dama* matriarcal; él, *caballero* patriarcal; ambos a prueba de hogar; y como la palabra *hogar* deriva de *fuego* –las palabras son cuentos encapsulados–, el nuestro se mantuvo siempre tibio, sostenido por cuatro hombros.

Los dos, ávidos lectores y periodistas, cuando nos conocimos –yo de veinte y él de treinta y cinco–, en uno de nuestros primeros encuentros, descubrimos que cada uno por su cuenta –y por su cuento– recordaba una cita literaria de Juan Ruiz de Alarcón: “Sólo consiste en obrar como caballero, el serlo”. Aquel día, para divertirnos, le propuse a Osvaldo parafrasearla

diciendo: “Sólo consiste en obrar como caballero, el ser mujer”. También como jugando pero seriamente, hicimos un trato sobre los papeles que tendríamos como pareja: yo sería la mujer típica, sometida al hombre; él, por su parte, un hombre *atípico*, sometido a la mujer.

Tal parecía que también los dos hubiéramos leído en Víctor Hugo este pensamiento: “La primera igualdad es la equidad”. Aplicándolo en nuestro hogar, decidimos ser siempre equitativos, los dos y entre los dos, en deberes y derechos.

Igual, como diversión, intentamos crear otro juego: corregir los géneros gramaticales masculino y femenino. En vez de usar las terminaciones “o” para el masculino y “a” para el femenino, decidimos sustituir esas vocales por “i” al final de los sustantivos, los pronombres y los adjetivos siempre que se refirieran a personas. Convención doméstica. Sabíamos que ese invento era artificioso, pero empezamos a hablar así entre nosotros, frenando siempre las carcajadas. Mira este ejemplo:

“Osvaldi, queridi, cuando nis casemos, yi quisiera crear contigo una revista *unisex*. Trabajaríamos juntis y en armonía. Nis comportaríamos equitativamente en nuestra interacción, tanto en nuestra vida de pareji como en la profesional, como periodistis asociadis en la revista que fundemos.”

Es sólo una muestra. ¿Qué te parece, lectora o lector, la “equitativa igualdad” de género basada en la vocal “i”? [_____
_____...]

Sin embargo, Osvaldo y yo sabíamos bien que intentar transformar un idioma por decreto, desde oficinas improvisadas como laboratorios, era un experimento forzado, arbitrario. Las mutaciones y las permutaciones en las lenguas ocurren espontáneamente, naturalmente, en boca de los hablantes. Osvaldo me contó que había leído, en un curso de literatura, que la clase alta francesa del siglo XVII había fracasado en su empeño de sustituir palabras comunes que le parecían vulgares. “¿Te imaginas, Neida,” me dijo riéndose, “a un marqués arrellanado en un diván de su palacio, exclamando: ‘¿Qué sed *me invade!* Alcanzadme un vaso del *esencial líquido elemento*’, refiriéndose al agua? (Por supuesto, en su versión francesa.)”. El escritor Molière se burló

a sus anchas, cáusticamente, del *preciosismo ridículo* de sus contemporáneos.

Por eso, cuando Osvaldo y yo creamos esa revista *unisex* de circulación local, no quisimos –¿por cobardía?– parecer ridículos. Solamente entre nosotros recurriamos a la “i” neutral, y cuando se nos escapaba en las oficinas de la revista, los empleados se desternillaban de risa.

Y qué decir de las reacciones que provocábamos al explicar nuestro punto de vista sobre el embarazo. Osvaldo y yo condenábamos una ley de la naturaleza: la imposición biológica de la preñez en la mujer. Si era función de la hembra pasar nueve meses embarazada, opinábamos los dos, no era justo que el hombre, coprotagonista en el acto de la fecundación, interpretara un papel secundario en la obra de la gestación –cuento realista–, por mucho que participara en la trama y respaldara a la protagonista.

Osvaldo, caballero de nuevo tipo, me había dicho al comienzo de nuestra relación: “No es justo, Neida, que seas tú la embarazada y yo un agente de reproducción convertido en espectador”... Ante tal derroche de equidad a lo Víctor Hugo y también tal muestra de lucidez parental, yo le había respondido: “De acuerdo, Osvaldo. Descartemos la maternidad”.

Así fue. Nunca nos arrepentimos de rechazar ese dictado dictatorial –valga la redundancia– de Madre Naturaleza (ojo: no “Padre Naturaleza”: he ahí el origen de la maternidad).

En cuanto a nuestras funciones en el manejo de la revista unisexual fundada por los dos, las estipulamos en un contrato tácito. Él –hombre al fin– fue el primero en programar la distribución de las tareas: “Yo administro y tú escribes. Tú administras y yo escribo”.

Eso hicimos por más de treinta años, hasta su muerte.

Parte II

[Primer encuentro, casual, de Neida y Osvaldo:]

Él: ¡Qué lindas piernas!

Ella: ¿Por qué las piernas?

Él: Te he mirado de abajo arriba.

Ella: ¿Es un piropo?

Él: Tú decides.

Ella: Recibe tú uno mío...

Él: ¿Por qué no?

Ella: ¡Manos provocativas!

Él: Son mías y tuyas. ¿Quieres una?

Ella: ¿Para qué?

Él: Por si te interesa “pedir mi mano”.

Ella: Una mujer pidiendo la mano: me gusta.

Él: ¿No te gustan los piropos?

Ella: Los piropos elegantes *bilaterales*.

Él: ¿Bilaterales?

Ella: De ambas partes, no privilegio del hombre.

Él: Ya me dijiste uno: igualdad de piropos.

Ella: “Equidad de la igualdad”.

[*En un hotel, durante la luna de miel:*]

Ella: Maravilloso, Osvaldi. Somos unis recién casadis diferentes.

Él: ¿Por qué, Neidi?

Ella: Pareji por sacramento y por trabajo, igualitariis.

Él: Por ley de Diis y por la de la revista que nis consagró como pareji.

Ella: Ti propongo, Osvaldi, publicar nuestroi definición de los conceptos *hombri* y *mujir*.

Él: Se mi ocurre que cada uni escriba un concepto: ti, Neidi, la definición de *mujir*; yi, la de *hombri*.

Ella: ¿Por qué no esta misma noche?

Él: Que cada uni por si cuenta, secretamente, escriba li suyí, y mañana las leeremos.

Ella: Justis y equitativis, como en Víctir Hugui.

(A la mañana siguiente:)

Él: Neidi, lee ti definición del concepto *mujir*.

Ella: Ti la leo, amir.

[Neida lee en voz alta:]

“La mujer es naturaleza y espíritu, cuerpo y mente, derechos y deberes, goces y sufrimientos, éxitos y fracasos, conquistas y frustraciones, realizaciones e inhibiciones, excesos y privaciones, reclamos y marginaciones, afirmaciones y negaciones, virtudes y defectos, vivencias e imaginaciones, pronunciamientos y retenciones, urgencias y abandonos, protagonismos y renunciamentos, conquistas y restricciones, esperanzas y decepciones, recuerdos y olvidos, sueños y realidades... Un ser humano perfecto e imperfecto al mismo tiempo, apto para vivir junto al hombre, entenderlo y respetarlo.”

Ella: Ahora, Osvaldi, lee la tuyi.

Él: Escucha, Neidi.

[Osvaldo lee en alta voz:]

“El hombre es naturaleza y espíritu, cuerpo y mente, derechos y deberes, goces y sufrimientos, éxitos y fracasos, conquistas y frustraciones, realizaciones e inhibiciones, excesos y privaciones, reclamos y marginaciones, afirmaciones y negaciones, virtudes y defectos, vivencias e imaginaciones, pronunciamientos y retenciones, urgencias y abandonos, protagonismos y renunciamentos, conquistas y restricciones, esperanzas y decepciones, recuerdos y olvidos, sueños y realidades... Un ser humano perfecto e imperfecto al mismo tiempo, pocas veces apto para vivir junto a la mujer, entenderla y respetarla.”

Ella: Osvaldi, queridi, has copiado la mfi.

Él: Hombri al fin, valiéndomi de li mujir. Mi levanté en silencio de madrugada para ver cómo podría escribir li mfi –como casi todís lis hombris, dependientis de la capacidad de lis mujiris–; y sí, copié. Pero, como habrás escuchado, varié la última oración para ser justí.

¿Qué mi ofreces en recompensa? (Hombri al fin: exigiendo recompensa a li mujir.)

Ella: Ti felicito, amir. Y ahora, como coadministradori que soy de la revista, propongo a li otri coadministradir, amadi y justí, que publiquemos las dos definiciones en el próximo número de nuestro revista.

Él: Y, Nedi, ¿piensas que lis gustarán a todís nuestro lectoris?

Parte III

Como mujir, pude ver el matrimonio como patrimonio, y el patrimonio del amor como matrimonio. ¿Y tú, lectora o lector? ¿Confirmas esa ecuación después de leer mi cuento? ¿Qué piensas? ¿Has vivido esa experiencia?:

[_____...]

Quizás concuerdes con Molière: “El amor es, a menudo, fruto del matrimonio.”

Te contaré más la próxima vez que me visites.

Citas de autoras y autores consultados:

Umberto Eco:

“Para sobrevivir, hace falta contar historias.”

Aristóteles:

“La historia cuenta lo que pasó; la poesía lo que debía suceder.”

María Piernas: “Los cuentos no sólo ayudan a los pequeños a dormir, sino también impulsan a los adultos a despertar.”

Burton Richter:

“La memoria es el único paraíso del que no pueden expulsarnos.”

Louis Gabriel, vizconde de Bonald:

“La palabra fue necesaria para inventar la palabra.”

Cicerón:

“La vida del muerto está en la memoria del vivo.”

Albert Einstein:

“Nosotros, los mortales, logramos la inmortalidad en las cosas que creamos en común y que quedan después de nosotros.”

Jorge Luis Borges:

“Ciegamente reclama duración el alma arbitraria cuando la tiene asegurada en vidas ajenas.”

Juan Ramón Jiménez:

“Morir es sólo mirar adentro; abrir la vida solamente adentro...”

Maximilian Robespierre: “La muerte es el comienzo de la inmortalidad.”

Paul Valéry:

“Es la vida, no la muerte, la que separa el alma del cuerpo.”

Emily Dickinson: “No es que morir nos duela, sino que vivir nos lastima más.”

(Epitafio): “Me llaman.”

Amado Nervo:

“El que muere entra simplemente dentro de nosotros. Mientras vivía era algo exterior que obraba en nuestros sentidos. La muerte le ha dado —le ha devuelto, mejor dicho— la identidad espiritual con nuestro yo. Nada, pues, nos acerca tanto a los seres como el morir.”

María Luisa Bombal:

“Y puede, puede así, que las muertes no sean todas iguales. Puede que hasta después de la muerte todos sigamos distintos caminos.”

Virginia Woolf:

“No se puede encontrar la paz evitando la vida.”

Dulce María Loynaz:

“Se deshicieron los labios bajo la tierra. ¡Y todavía quedó la palabra apretada no sé dónde!”

Emil Cioran:

“Regla de oro: dejar una imagen incompleta de sí mismo.”

Néstor Amílcar Cipriano:

“Si sacas tus propias consecuencias de un libro leído, eres también su autor.”

Anónimo:

“La lectura de epitafios enseña lo que se gana muriendo.”

“El diálogo es el rostro de la palabra.”

Hunter S. Thompson:

“No hay historia a menos que lo hayas escrito.”

André Maurois:

“La lectura de un libro es un diálogo incesante, en que el libro habla y el alma contesta.”

Mario Benedetti:

“Todo se hunde en la niebla del olvido; pero cuando la niebla se despeja, el olvido está lleno de memoria.”

Florence L. Yudin:

“Recuerde el lector: el poema no existe hasta que lo leemos.”

“Si no fuera por la memoria, el Tiempo no significaría nada.”

Rubén Darío:

“Sin la mujer la vida es pura prosa.”

Antonio Gala:

“Cada ser humano, hombre o mujer, ha de reconciliarse primero con su cuerpo; de no hacerlo, jamás se reconciliará con otro ser humano, sea del otro o del mismo sexo.”

José A. Méndez:

“Leer es vivir dos, tres... múltiples vidas. La que hemos vivido, pues al leer identificamos aquellos trances que no habíamos calibrado bien. La que no hemos vivido, pero que otros y otras nos

transfunden en conocimiento, experiencia y sensibilidad. Y, además –acaso la más importante–, la que está por vivirse, sabiendo que la lectura puede desbordar la imaginación y hacernos concebir la realidad como un texto de insospechadas proyecciones.”

Mario Moreno “Cantinflas”: (epitafio)

“Parece que se ha ido, pero no es cierto.”

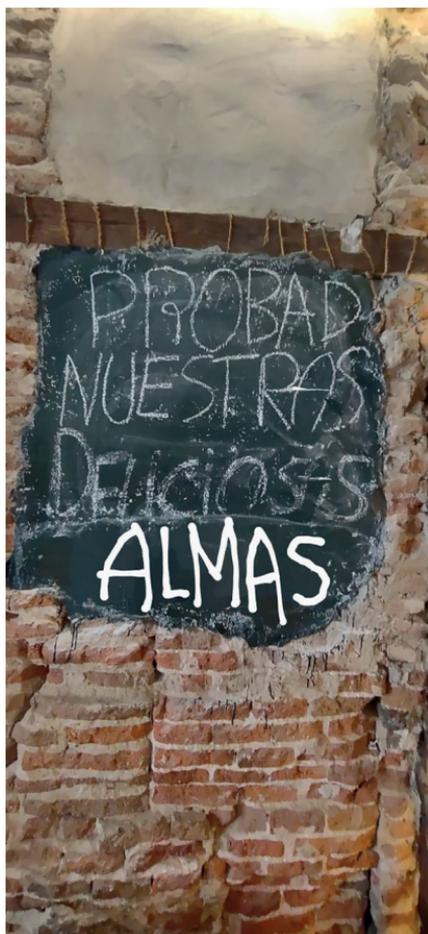
Samuel Ros Pardo: (epitafio):

“Leonor, tengo tantas cosas que contarte.”

Autoras y autores citados:

Augusto Algueró
Dante Alighieri
Reinaldo Arenas
Aristóteles
Simone de Beauvoir
Biblia
León Bloy
María Luisa Bombal
Jorge Luis Borges
Pedro Calderón de la Barca
Miguel de Cervantes
Gabrielle B. “Cocó” Chanel
Néstor A. Cipriano
Julio Cortázar
Sor Juana Inés de la Cruz
Umberto Eco
Albert Einstein
Esquilo
León Felipe
Basilio A. Fergus
Michael Foucault
Gabriel García Márquez
Francisco de Goya
Antonio Guijarro
Byung-Chul Han
Hermann Hesse
Homero
Víctor Hugo
Vicente Huidobro
Wolfgang Iser
José Lezama Lima
Jorge Manrique

José Martí
Julio Medem
Molière
Mario Moreno, “Cantinflas”
Friedrich Nietzsche
George Orwell
Heberto Padilla
Edith Piaf
Luigi Pirandello
Platón
Real Academia de la Lengua Española
Refranero español
Arthur Rimbaud
Romancero viejo español
Juan Ruiz de Alarcón
Ernesto Sábato
Jean-Paul Sartre
Arthur Schopenhauer
José Luis Señor
William Shakespeare
Gloria Steinem
Marta Strada
Urraca I de León
Marta Valdés
Conde de Villamediana
Voltaire
Florence L. Yudin



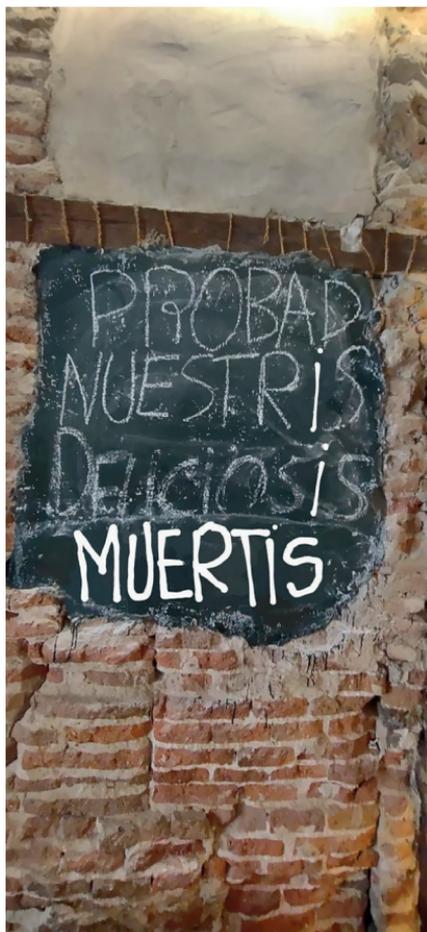
“Es grandísimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente a todos los que lo leyeren.”

(Miguel de Cervantes)



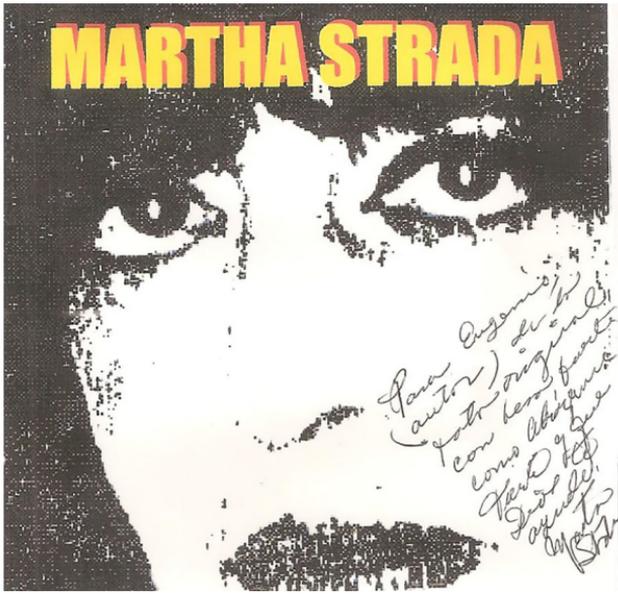
ÍNDICE

| | |
|---|----|
| Invitación | 11 |
| Ideas poéticas para leer estos cuentos | 14 |
| Ideas prácticas para leer estos cuentos | 15 |
| Conceptos implícitos en estos cuentos | 16 |
| Canción de Marta | 17 |
| Poema en Yolanda | 24 |
| Flor <i>Bellita</i> | 32 |
| Razón de Bárbara | 39 |
| Color de Esmeralda | 46 |
| <i>Bloody Mary</i> | 52 |
| Fervor de Neida | 57 |
| Citas de autoras y autores consultados | 63 |
| Autoras y autores citados | 66 |



Este libro se terminó de imprimir
el 5 de julio de 2023.

MARTHA STRADA



Per Antonio
(autor) di
Polo originario
con loro fratelli
come abitudine
per il
giudice
quello
Marta
Strada

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España

E-mail: editorialbetania@gmail.com

Blog: <http://ebetania.wordpress.com>

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2023)

Colección Narrativa

Al otro lado de la zarza ardiendo, de Graciela García Marruz.

Hace tiempo... Mañana, de Rodrigo Díaz-Pérez.

El arrabal de las delicias, de Ramón Díaz Solís.

Ruyam, de Pancho Vives.

Pequeñas pasiones de mujer, de Guillermo Alonso del Real.

Memoria de siglos, de Jacobo Machover.

El Cecilio y la Petite Bouline, de Emeterio Cerro,

Dicen que soy y aseguran que estoy (Las Memorias de una Loca, Loca).
de Raúl Thomas.

Cartas al Tiempo, de Ana Rosa Núñez y Mario G. Beruvides.

Yo acuso y perdono (Confesiones de una mujer en los oscuros años del franquismo), de Maite García Romero.

Las Orquídeas del naranjo (Cartas para condenarme), de Alberto Díaz Díaz.

Nuevos encuentros, de Martín-Armando Díez Ureña.

Móvil 8 (Testimonios del delito común en la Cuba castrista), de Severino Puente.

La hija del cazador, de Daniel Iglesias Kennedy.

Las caras de la Luna, de Raúl Thomas.

Viento de Lebeche, de Carmen Hernández García.

Chivitas, de Adriana Restrepo.

Carta para Beatriz, de Luz Mercedes Pardo de Meyer.

Ceiba Mocha (Cuentos y relatos cubanos), de Roberto Cazorla.

Pagadero al portador, de Carlos Pérez Ariza.

Cincuenta años de amor, de Raúl Thomas.

Balseros cubanos, de Carmen Fernández.
Las Vacaciones de Hegel, de Armando Valdés.
Tarde de Perros, de Michel Serrano Ruiz.
El Castillo de los Ultrajes (Memorias de un derrumbe), de Paulina Fátima.
Juego de intenciones (Cuentos), de Jorge Luis Llópiz.
Casi todo pasó en abril, de Martine Dreyfus Bendaña.
Decían que soy.., y tenían razón (Memorias de una Loca, Loca), de Raúl Thomas.
Astillas, fugas, eclipses (Cuentos), y *Caracol de sueños y espejos*, de Mirza L. González.
Esta tarde se pone el sol, de Daniel Iglesias Kennedy.
Diez cuentos cubanos, más o menos, de Andrés Alburquerque.
Meditaciones perrunas, de Raúl Thomas.
Parto en el cosmos, de Matías Montes Huidobro.
Poniendo los sueños de penitencia (Encantada de conocerme), de Nidia Fajardo Ledea.
Vivir lo soñado (Cuentos breves), de Ismael Samba.
Nunca podré olvidarte, de Gisela García Martín.
Espacio vacío (Novela testimonial), de Daniel Iglesias Kennedy.
Adiós a las Amazonas, de Ángela Reyes.
Posdata de un amor desesperado, de Raúl Thomas.
Sandra Salamandra, de Sonia Bravo Utrera. Ed. bilingüe trad. al inglés por Nancy Festinger.
La odisea del Mariel (Un testimonio sobre el éxodo y los sucesos de la Embajada de Perú en La Habana), de Mari Lauret.
Emigrando (Cuba. Venezuela y España: 1945-2005), de Carlos Rodríguez Duarte.
Hacia un mundo nuevo, de Mayda Silva.
Jornada de amor y lágrimas, de Silvia Burunat.
Palabras de Mujer/Parables of Women, de Olga Connor.
Mujer. Verdad y Mentira, Ángel y Diablo, de Victoria Calzadilla.
La semana más larga, de León de la Hoz.
La memoria olvidada, de Luis G. Ruisánchez.
Josefa y Josefina, de Silvia Burunat.
La alianza de oro, de Nery Rivero.
Lo prometido es deuda, de Raúl Thomas.
Monólogos dialogados, de Silvia Burunat.

En Cuba todo el mundo canta (Memorias noveladas de un ex preso político), de Rafael E. Saumell.

Esencias de mariposa. La flor cubana desde 1492, de Ruber Iglesias.

Autobiografía póstuma, de Silvia Burunat.

Fantasías reales, de Silvia Burunat.

17 memorias y un prólogo, de VV. AA.

Inscrita bajo sospecha, de Mabel Cuesta.

De ceca en meca, de Gabriel Cartaya.

Enterrado mi corazón, de Leah Bonnín

Mi hijo escucha canciones cubanas, de Ricardo Nanjari Román

Escribas, de Aimée G. Bolaños.

From Heaven to Earth and Back (Manuel para enamorados), de Silvia Burunat.

Oración para el tiempo de las amigas, de Julio Pino Miyar.

El regalo, de Nelson Rodríguez Leyva

Siempre será lo mismo, de Ricardo Nanjari Román.

Mi vida en "La Piedad", de David Carlos Gall

Secretos equivocados (Diario de sueños I. Cuentos), de Francis Sánchez.

Danny y Danielle y otras historietas, de Silvia Burunat.

Nostalgias, ironías y otras alucinaciones (Cuentos escogidos), de Amir Valle.

Invisibles triángulos de muerte. Con Cuba en la memoria, de Felipe Lázaro.

Nicaragua: Cuentos y tradiciones de Diriamba, de Uriel Mendieta Gutiérrez.

No quiero llanto, Dolores Labarcena.

La punzada del guajiro y otros cuentos, de Belkys Rodríguez Blanco.

Breves y ligeras crónicas de un gusano de La Habana en Santiago de Chile, de Luis García de la Torre.

Recuerdos de un niño cubano, de Fernando Torre Balmaseda.

Hoy como ayer, de Tony Guedes.

Fuera de tono, de Manuel Cortés Castañeda.

Mujeres de la vida y de la muerte: de vida real y muerte imposible, de Eugenio Angulo



Eugenio A. Angulo, escritor y profesor radicado en Estados Unidos. Coautor de *Dudas del idioma español* (Editorial América, 1987) y autor de *Voces que dictan* (Betania, 2003), *Reinvenciones* (Betania, 2014) y *Jardín, de Dulce María Loynaz: discurso tropológico subversivo* (FIU, Digital Commons, 2011). Ha incursionado en el periodismo y la dirección teatral. Algunos de sus escritos y reseñas literarias han aparecido en revistas de Estados Unidos y Europa.

Estos cuentos son y no son un pequeño cementerio; de ahí que el título sea reversible: *Mujeres de la vida y de la muerte o Mujeres de la muerte y de la vida*. Breves historias personales de unas pocas, de entre tantas mujeres –hay más *ellas* que *ellos* en el mundo– que poseen el gen literario de la *sobrevida*.

Más que historias meramente “femeninas”, son testimonios humanos confabulados con la poesía. Episodios contados por mujeres que desafiaron la vida y en estas páginas la muerte, *palabreando* –paladeando– vivencias, ideas, reflexiones y sentimientos.

Estas mujeres revivirán cuando tú, lectora o lector imprescindible, te adentres en la lectura.

De cada una de ellas puede decirse lo que dejó escrito otra mujer de muerte imposible:

“Pero ¿ha muerto? No, ha vencido a pesar de todo. Nunca se muere eternamente.”

(María Luisa Bombal)



9 788480 174558 >

editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA